

George Eliot

# El Velo Alzado



E LEJANDRIA

George Eliot

El Velo Alzado



**E** LEJANDRIA

**LIBRO DESCARGADO EN [WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM), TU SITIO WEB DE OBRAS DE  
DOMINIO PÚBLICO  
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!**

# **EL VELO ALZADO**

**GEORGE ELIOT**

**PUBLICADO: 1859  
FUENTE: WIKISOURCE  
TRADUCIDO POR ELEJANDRÍA**

# EL VELO ALZADO

No me des luz, gran Cielo, sino aquella que se transforme  
En energía de humana fraternidad;  
Ningún poder más allá del creciente legado  
Que forja una humanidad más plena.

# CAPÍTULO I

Se acerca la hora de mi fin. Últimamente he estado sujeto a ataques de angina pectoris; y, según el curso ordinario de las cosas, me dice mi médico, bien puedo esperar que mi vida no se prolongue muchos meses. A menos, pues, que esté maldito con una constitución física excepcional, como estoy maldito con un carácter mental excepcional, no gemiré mucho más bajo la fatigosa carga de esta existencia terrenal. Si hubiera de ser de otro modo — si hubiera de vivir hasta la edad que la mayoría de los hombres desean y para la cual se preparan — habría sabido por una vez si las desdichas de la expectativa ilusoria pueden superar a las desdichas de la verdadera previsión. Pues preveo cuándo moriré, y todo lo que sucederá en mis últimos momentos.

Justo dentro de un mes a partir de este día, el 20 de septiembre de 1850, estaré sentado en esta silla, en este estudio, a las diez de la noche, anhelando morir, hastiado de incesante perspicacia y previsión, sin ilusiones y sin esperanza. Justo cuando esté observando una lengua de llama azul que se eleva en el fuego, y mi lámpara esté consumiéndose, comenzará la horrible contracción en mi pecho. Solo tendré tiempo de alcanzar la campanilla y tirar de ella violentamente, antes de que llegue la sensación de ahogo. Nadie responderá a mi llamada. Sé por qué. Mis dos criados son amantes y habrán reñido. Mi ama de llaves habrá salido furiosa de la casa, dos horas antes, esperando que Perry crea que ha ido a ahogarse. Perry, alarmado al fin, habrá salido tras ella. La pequeña fregatriz duerme en un banco: nunca responde a la campanilla; no la despierta. La sensación de ahogo aumenta: mi lámpara se apaga con un hedor horrible: hago un gran esfuerzo y agarro de

nuevo la campanilla. Ansío la vida, y no hay ayuda. Tuve sed de lo desconocido: la sed se ha ido. ¡Oh, Dios, déjame quedarme con lo conocido y hastiarme de ello: estoy contento! Agonía de dolor y sofoco... y mientras tanto la tierra, los campos, el arroyo pedregoso al pie de la grajera, el fresco aroma tras la lluvia, la luz de la mañana a través de la ventana de mi alcoba, el calor del hogar tras el aire helado... ¿se cerrará la oscuridad sobre ellos para siempre?

Oscuridad... oscuridad... ningún dolor... nada más que oscuridad: pero sigo y sigo avanzando a través de la oscuridad: mi pensamiento permanece en la oscuridad, pero siempre con la sensación de moverse hacia adelante...

Antes de que llegue ese momento, deseo usar mis últimas horas de sosiego y fuerza para contar la extraña historia de mi experiencia. Nunca me he desahogado plenamente con ningún ser humano; nunca se me ha animado a confiar mucho en la simpatía de mis semejantes. Pero todos tenemos la oportunidad de encontrar algo de piedad, algo de ternura, algo de caridad cuando estamos muertos: son solo los vivos quienes no pueden ser perdonados; solo de los vivos se apartan la indulgencia y la reverencia de los hombres, como la lluvia por el duro viento del este. Mientras el corazón late, magúllalo —es tu única oportunidad—; mientras el ojo aún puede volverse hacia ti con húmeda y tímida súplica, hiélalo con una mirada gélida e impasible; mientras el oído, ese delicado mensajero al santuario más íntimo del alma, aún puede acoger los tonos de amabilidad, recházalo con dura cortesía, o con un cumplido burlón, o con una envidiosa afectación de indiferencia; mientras el cerebro creativo aún puede palpitar con el sentido de la injusticia, con el anhelo de reconocimiento fraterno —apresúrate—, oprímelo con tus juicios desconsiderados, tus comparaciones triviales, tus descuidadas tergiversaciones. El corazón, tarde o temprano, se aquietará —*ubi sæva indignatio ulterius cor lacerare nequit*;<sup>[1]</sup>— el ojo dejará de suplicar; el oído ensordecera; el cerebro habrá cesado de toda necesidad tanto como de toda labor. Entonces podrán hallar expresión tus discursos caritativos; entonces podrás recordar y compadecer el esfuerzo, la lucha y el fracaso; entonces podrás rendir el debido honor a la obra lograda; entonces podrás hallar atenuantes para los errores, y podrás consentir en sepultarlos.

Ese es un texto trivial de colegial; ¿por qué me detengo en él? Poco tiene que ver conmigo, pues no dejaré obras tras de mí para que los hombres las honren. No tengo parientes cercanos que compensen, llorando sobre mi

tumba, las heridas que me infligieron cuando estaba entre ellos. Es solo la historia de mi vida la que quizás obtendrá un poco más de simpatía de los extraños cuando yo muera, de la que jamás creí que obtendría de mis amigos mientras vivía.

Mi infancia quizás me parece más feliz de lo que realmente fue, en contraste con todos los años posteriores. Pues entonces el telón del futuro era tan impenetrable para mí como para otros niños: compartía todo su deleite en la hora presente, sus dulces e indefinidas esperanzas para el mañana; y tenía una madre tierna: aún ahora, tras el lúgubre transcurso de largos años, un leve rastro de sensación acompaña el recuerdo de su caricia mientras me sostenía en su regazo —sus brazos alrededor de mi pequeño cuerpo, su mejilla presionada contra la mía—. Padecí una dolencia en los ojos que me dejó ciego por un tiempo, y ella me mantuvo en su regazo desde la mañana hasta la noche. Ese amor inigualable pronto se desvaneció de mi vida, e incluso para mi conciencia infantil fue como si esa vida se hubiera vuelto más fría. Montaba mi pequeño poni blanco con el mozo de cuadra a mi lado como antes, pero no había ojos amorosos mirándome cuando montaba, ni brazos alegres abiertos para mí cuando regresaba. Quizás extrañé el amor de mi madre más de lo que lo habrían hecho la mayoría de los niños de siete u ocho años, para quienes los otros placeres de la vida permanecían como antes; pues ciertamente yo era un niño muy sensible. Todavía recuerdo la mezcla de trepidación y deliciosa excitación con la que me afectaba el tropel de los caballos sobre el pavimento en las resonantes caballerizas, la fuerte resonancia de las voces de los mozos, el estruendoso ladrido de los perros cuando el carruaje de mi padre atronaba bajo el arco del patio, el estrépito del gong al anunciar el almuerzo y la cena. El paso mesurado de la soldadesca que a veces oía —pues la casa de mi padre estaba cerca de una capital de condado donde había grandes cuarteles— me hacía sollozar y temblar; y sin embargo, cuando habían pasado, ansiaba que volvieran.

Supongo que mi padre me consideraba un niño extraño y me tenía poco cariño; aunque era muy cuidadoso en cumplir lo que consideraba los deberes de un padre. Pero él ya había pasado la mitad de la vida, y yo no era su único hijo. Mi madre había sido su segunda esposa, y él tenía cuarenta y cinco años cuando se casó con ella. Era un hombre firme, inflexible, intensamente ordenado, de raíz y tronco un banquero, pero con un floreciente injerto de terrateniente activo, que aspiraba a la influencia en el condado: una

de esas personas que son siempre iguales a sí mismas día tras día, que no se ven influenciadas por el clima, y no conocen ni la melancolía ni el buen humor. Le tenía un gran temor, y parecía más tímido y sensible en su presencia que en otras ocasiones; circunstancia que, quizás, ayudó a confirmarle en la intención de educarme con un plan diferente al prescriptivo que había seguido en el caso de mi hermano mayor, ya un joven alto en Eton. Mi hermano debía ser su representante y sucesor; debía ir a Eton y Oxford, por supuesto, para hacer contactos: mi padre no era hombre que subestimara la influencia de los satíricos latinos o los dramaturgos griegos en la consecución de una posición aristocrática. Pero, intrínsecamente, sentía poca estima por «esos espíritus muertos pero con cetro»; habiéndose capacitado para formar una opinión independiente mediante la lectura del Esquilo de Potter y ojeando el Horacio de Francis. A esta visión negativa añadió una positiva, derivada de una reciente conexión con especulaciones mineras; a saber, que una educación científica era la formación verdaderamente útil para un hijo menor. Además, estaba claro que un niño tímido y sensible como yo no era apto para afrontar la ruda experiencia de una escuela pública. El señor Letherall lo había dicho muy decididamente. El señor Letherall era un hombre corpulento con gafas, que un día tomó mi pequeña cabeza entre sus grandes manos y la presionó aquí y allá de manera exploratoria y suspicaz; luego colocó cada uno de sus grandes pulgares en mis sienes, me apartó un poco de él y me miró fijamente con sus gafas relucientes. La contemplación pareció disgustarle, pues frunció el ceño severamente y le dijo a mi padre, deslizando los pulgares por mis cejas:

—La deficiencia está ahí, señor... ahí; y aquí —añadió, tocando los lados superiores de mi cabeza—, aquí está el exceso. Eso debe ser cultivado, señor, y esto debe ser adormecido.

Yo temblaba, en parte por la vaga idea de que era objeto de reprobación, en parte por la agitación de mi primer odio: odio hacia aquel hombre grande y con gafas, que manoseaba mi cabeza como si quisiera comprarla y regatear su precio.

No sé hasta qué punto el señor Letherall tuvo que ver con el sistema que se adoptó posteriormente conmigo, pero pronto quedó claro que los tutores privados, la historia natural, la ciencia y las lenguas modernas eran los medios por los cuales se debían remediar los defectos de mi organización. Yo era muy torpe con las máquinas, así que debía ocuparme mucho de ellas;

no tenía memoria para la clasificación, así que era particularmente necesario que estudiara zoología y botánica sistemáticas; estaba hambriento de hechos humanos y emociones humanas, así que debía ser abundantemente atiborrado con las potencias mecánicas, los cuerpos elementales y los fenómenos de la electricidad y el magnetismo. Un muchacho mejor constituido ciertamente se habría beneficiado con mis inteligentes tutores, con sus aparatos científicos; y, sin duda, habría encontrado los fenómenos de la electricidad y el magnetismo tan fascinantes como, cada jueves, se me aseguraba que lo eran. Tal como estaban las cosas, podría haberme emparejado, por ignorancia de cuanto se me enseñaba, con el peor estudiante de latín que jamás haya salido de una academia clásica. Leía a Plutarco, a Shakespeare y a Don Quijote a hurtadillas, y de esa manera me proveía de pensamientos errantes, mientras mi tutor me aseguraba que «un hombre mejorado, a diferencia de uno ignorante, era un hombre que sabía la razón por la cual el agua corría cuesta abajo». No tenía ningún deseo de ser este hombre mejorado; me alegraba del agua corriente; podía observarla y escucharla gorgotear entre los guijarros, y bañar las plantas acuáticas de un verde brillante, durante horas enteras. No quería saber por qué corría; tenía la confianza perfecta de que había buenas razones para lo que era tan hermoso.

No es necesario detenerse en esta parte de mi vida. He dicho lo suficiente para indicar que mi naturaleza era del orden sensible y poco práctico, y que creció en un medio poco propicio, que nunca pudo fomentarla hacia un desarrollo feliz y saludable. Cuando tenía dieciséis años me enviaron a Ginebra para completar mi educación; y el cambio fue muy feliz para mí, pues la primera visión de los Alpes, con el sol poniente sobre ellos, mientras descendíamos el Jura, me pareció como una entrada al cielo; y los tres años de mi vida allí los pasé en una perpetua sensación de exaltación, como si proviniera de un trago de vino delicioso, ante la presencia de la Naturaleza en toda su imponente hermosura. Pensaréis, quizás, que debí de haber sido poeta, por esta temprana sensibilidad hacia la Naturaleza. Pero mi suerte no fue tan feliz. Un poeta vierte su canto y cree en el oído atento y en el alma receptiva, a los que su canto llegará tarde o temprano. Pero la sensibilidad del poeta sin su voz —la sensibilidad del poeta que no encuentra más desahogo que en lágrimas silenciosas en la ribera soleada, cuando la luz del mediodía brilla sobre el agua, o en un estremecimiento interno ante el sonido de ásperos tonos humanos, la vista de un frío ojo humano— esta pasión muda trae consigo una fatal soledad del alma en la sociedad de los

semejantes. Mis momentos menos solitarios eran aquellos en los que me alejaba en mi barca, al atardecer, hacia el centro del lago; me parecía que el cielo, y las cimas de las montañas resplandecientes, y la ancha agua azul, me rodeaban con un amor protector como ningún rostro humano me había dispensado desde que el amor de mi madre se había desvanecido de mi vida. Solía hacer como Jean-Jacques: tumbarme en mi barca y dejarla deslizarse adonde quisiera, mientras miraba hacia arriba el resplandor que se despedía, abandonando una cima tras otra, como si el carro de fuego del profeta pasara sobre ellas camino a la morada de la luz. Luego, cuando las cimas blancas estaban todas tristes y cadavéricas, tenía que remar de vuelta a casa, pues estaba bajo cuidadosa vigilancia y no se me permitían correrías tardías. Esta disposición mía no era favorable a la formación de amistades íntimas entre los numerosos jóvenes de mi edad que siempre se encuentran estudiando en Ginebra. Sin embargo, hice una de tales amistades; y, singularmente, fue con un joven cuyas tendencias intelectuales eran el reverso mismo de las mías. Lo llamaré Charles Meunier; su verdadero apellido — inglés, pues era de ascendencia inglesa — se ha vuelto célebre desde entonces. Era huérfano y vivía con una mísera pitanza mientras cursaba los estudios de medicina para los que tenía un genio especial. ¡Extraño! Que con mi mente vaga, susceptible y poco observadora, que odiaba la investigación y se entregaba a la contemplación, me hubiera sentido atraído hacia un joven cuya pasión más fuerte era la ciencia. Pero el lazo no era intelectual; provenía de una fuente que felizmente puede mezclar lo estúpido con lo brillante, lo soñador con lo práctico: provenía de la comunidad de sentimientos. Charles era pobre y feo, ridiculizado por los golfillos ginebrinos y no aceptable en los salones. Vi que estaba aislado, como yo, aunque por una causa diferente, y, estimulado por un resentimiento compasivo, le hice tímidos acercamientos. Basta decir que surgió entre nosotros tanta camaradería como nuestros diferentes hábitos permitían; y en las raras vacaciones de Charles subíamos juntos al Salève, o tomábamos la barca a Vevey, mientras yo escuchaba soñadoramente los monólogos en los que él desplegaba sus audaces concepciones de futuros experimentos y descubrimientos. Yo los mezclaba confusamente en mi pensamiento con atisbos de agua azul y delicadas nubes flotantes, con las notas de los pájaros y el distante brillo del glaciar. Él sabía muy bien que mi mente estaba medio ausente, pero le gustaba hablarme de esta manera; pues, ¿no hablamos de nuestras esperanzas y nuestros proyectos incluso a los perros y a los pá-

jaros, cuando nos aman? He mencionado esta única amistad debido a su conexión con una escena extraña y terrible que tendré que narrar en mi vida posterior.

Esta vida más feliz en Ginebra terminó con una grave enfermedad, que es en parte un vacío para mí, en parte un tiempo de sufrimiento vagamente recordado, con la presencia de mi padre junto a mi cama de vez en cuando. Luego vino la lánguida monotonía de la convalecencia, los días rompiendo gradualmente en variedad y nitidez a medida que mis fuerzas me permitían dar paseos cada vez más largos. En uno de estos días más vívidamente recordados, mi padre me dijo, mientras estaba sentado junto a mi sofá:

—Cuando estés lo suficientemente bien para viajar, Latimer, te llevaré a casa conmigo. El viaje te divertirá y te hará bien, pues pasaré por el Tirol y Austria, y verás muchos lugares nuevos. Nuestros vecinos, los Filmore, han llegado; Alfred se unirá a nosotros en Basilea, y todos iremos juntos a Viena, y de regreso por Praga...

Mi padre fue llamado antes de que hubiera terminado su frase, y dejó mi mente reposando en la palabra Praga, con la extraña sensación de que una escena nueva y maravillosa irrumpía ante mí: una ciudad bajo el amplio sol, que me parecía como si fuera el sol de verano de un siglo pasado detenido en su curso —sin refrescar durante eras por los rocíos de la noche, o la nube de lluvia impetuosa—; abrasando la polvorienta, fatigada, carcomida por el tiempo grandeza de un pueblo condenado a vivir en la rancia repetición de recuerdos, como reyes depuestos y jubilados en sus andrajos regios entretejidos de oro. La ciudad parecía tan sedienta que el ancho río me pareció una lámina de metal; y las ennegrecidas estatuas, mientras pasaba bajo su mirada vacía, a lo largo del interminable puente, con sus antiguas vestiduras y sus coronas santas, me parecían los verdaderos habitantes y dueños de este lugar, mientras los hombres y mujeres atareados y triviales, yendo y viniendo apresuradamente, eran un enjambre de visitantes efímeros que lo infestaban por un día. Son seres tan sombríos y pétreos como estos, pensé, los padres de antiguos niños marchitos, en esas viviendas curtidas y corroídas por el tiempo que se agolpan en la empinada cuesta ante mí; quienes rinden su corte en la gastada y desmoronada pompa del palacio que extiende su monótona longitud en la altura; quienes adoran cansinamente en el aire sofocante de las iglesias, impulsados no por el miedo ni la esperanza, sino obligados por su destino a ser siempre viejos e inmortales, a vivir en la

rigidez del hábito, como viven en un perpetuo mediodía, sin el reposo de la noche ni el nuevo nacimiento de la mañana.

Un estruendoso clangor metálico me estremeció de repente, y volví a ser consciente de los objetos de mi habitación: uno de los atizadores había caído cuando Pierre abrió la puerta para traerme mi medicina. Mi corazón palpitaba violentamente, y le rogué a Pierre que dejara la medicina a mi lado; la tomaría en breve.

Tan pronto como estuve solo de nuevo, comencé a preguntarme si había estado durmiendo. ¿Era esto un sueño —esta visión maravillosamente nítida, minuciosa en su nitidez hasta una mancha de luz de arco iris en el pavimento, transmitida a través de una lámpara de colores en forma de estrella — de una ciudad extraña, completamente desconocida para mi imaginación? No había visto ninguna imagen de Praga: yacía en mi mente como un mero nombre, con asociaciones históricas vagamente recordadas —recuerdos mal definidos de grandeza imperial y guerras religiosas—.

Nada de este tipo había ocurrido antes en mi experiencia onírica, pues a menudo me había sentido humillado porque mis sueños solo se salvaban de ser completamente inconexos y banales por los frecuentes terrores de la pesadilla. Pero no podía creer que hubiera estado dormido, pues recordaba distintamente la irrupción gradual de la visión en mí, como las nuevas imágenes en una vista disolvente, o la creciente nitidez del paisaje cuando el sol levanta el velo de la niebla matutina. Y mientras era consciente de esta visión incipiente, también era consciente de que Pierre vino a decirle a mi padre que el señor Filmore lo esperaba, y que mi padre salió apresuradamente de la habitación. No, no era un sueño; ¿era —el pensamiento estaba lleno de trémula exaltación— era la naturaleza poética en mí, hasta ahora solo una turbada y anhelante sensibilidad, manifestándose de repente como creación espontánea? Seguramente fue de esta manera que Homero vio la llanura de Troya, que Dante vio las moradas de los difuntos, que Milton vio el vuelo del Tentador hacia la tierra. ¿Era que mi enfermedad había obrado algún cambio feliz en mi organismo —dado una tensión más firme a mis nervios— eliminado alguna torpe obstrucción? A menudo había leído sobre tales efectos, al menos en obras de ficción. No; en biografías genuinas había leído sobre la influencia sutilizadora o exaltadora de algunas enfermedades en las facultades mentales. ¿No sintió Novalis intensificada su inspiración bajo el progreso de la tisis?

Cuando mi mente se detuvo durante algún tiempo en esta idea dichosa, me pareció que quizás podría ponerla a prueba mediante un esfuerzo de mi voluntad. La visión había comenzado cuando mi padre hablaba de nuestro viaje a Praga. Ni por un momento creí que fuera realmente una representación de esa ciudad; creía —esperaba— que era un cuadro que mi genio recién liberado había pintado con ardorosa prisa, con los colores arrebatados a la perezosa memoria. Supongamos que fijara mi mente en algún otro lugar —Venecia, por ejemplo, que era mucho más familiar a mi imaginación que Praga—: quizás seguiría el mismo tipo de resultado. Concentré mis pensamientos en Venecia; estimulé mi imaginación con recuerdos poéticos y me esforcé por sentirme presente en Venecia, como me había sentido presente en Praga. Pero en vano. Solo estaba coloreando los grabados de Canaletto que colgaban en mi antiguo dormitorio en casa; el cuadro era cambiante, mi mente vagaba inciertamente en busca de imágenes más vívidas; no podía ver ningún accidente de forma o sombra sin un trabajo consciente tras las condiciones necesarias. Todo era esfuerzo prosaico, no pasividad extática, como la que había experimentado media hora antes. Estaba desanimado; pero recordé que la inspiración era caprichosa.

Durante varios días estuve en un estado de excitada expectación, esperando la recurrencia de mi nuevo don. Envié mis pensamientos a recorrer mi mundo de conocimiento, con la esperanza de que encontraran algún objeto que enviara una vibración de despertar a través de mi genio adormecido. Pero no; mi mundo permaneció tan oscuro como siempre, y aquel destello de extraña luz se negó a volver, aunque lo esperaba con palpitante avidez.

Mi padre me acompañaba todos los días en un paseo en coche, y en una caminata gradualmente más larga a medida que mis facultades para caminar aumentaban; y una tarde había acordado venir a buscarme a las doce del día siguiente, para que fuéramos juntos a seleccionar una caja de música y otras compras rigurosamente exigidas a un rico inglés que visitaba Ginebra. Era uno de los hombres y banqueros más puntuales, y yo siempre estaba nerviosamente ansioso por estar completamente listo para él a la hora señalada. Pero, para mi sorpresa, a las doce y cuarto aún no había aparecido. Sentí toda la impaciencia de un convaleciente que no tiene nada particular que hacer, y que acaba de tomar un tónico con la perspectiva de un ejercicio inmediato que disiparía el estímulo.

Incapaz de quedarme quieto y reservar mis fuerzas, caminé de un lado a otro de la habitación, mirando la corriente del Ródano, justo donde abandona el lago de azul oscuro; pero pensando todo el tiempo en las posibles causas que podrían detener a mi padre.

De repente, fui consciente de que mi padre estaba en la habitación, pero no solo: había dos personas con él. ¡Extraño! No había oído ningún paso, no había visto abrirse la puerta; pero vi a mi padre, y a su derecha a nuestra vecina, la señora Filmore, a quien recordaba muy bien, aunque no la había visto en cinco años. Era una mujer de mediana edad, corriente, vestida de seda y cachemira; pero la dama a la izquierda de mi padre no tendría más de veinte años, una figura alta, esbelta, flexible, con un exuberante cabello rubio, arreglado en astutas trenzas y pliegues que parecían casi demasiado masivos para la figura delgada y el rostro de facciones pequeñas y labios finos que coronaban. Pero el rostro no tenía una expresión infantil: las facciones eran afiladas, los ojos gris pálido a la vez agudos, inquietos y sarcásticos. Estaban fijos en mí con una curiosidad medio sonriente, y sentí una sensación dolorosa como si un viento agudo me estuviera cortando. El vestido verde pálido, y las hojas verdes que parecían formar un borde alrededor de su pálido cabello rubio, me hicieron pensar en una Nix del agua — pues mi mente estaba llena de lírica alemana, y esta mujer pálida, de ojos fatales, con las algas verdes, parecía nacida de alguna fría corriente cenagosa, la hija de un río anciano—.

—Bueno, Latimer, te pareció que tardaba —dijo mi padre...

Pero mientras la última palabra estaba en mis oídos, todo el grupo se desvaneció, y no había nada entre yo y el biombo chino pintado que estaba delante de la puerta. Estaba frío y tembloroso; solo pude tambalearme hacia adelante y arrojarme sobre el sofá. Este extraño nuevo poder se había manifestado de nuevo... Pero, ¿era un poder? ¿No podría ser más bien una enfermedad —una especie de delirio intermitente, que concentraba la energía de mi cerebro en momentos de actividad malsana, y dejaba mis horas más cuerdas aún más estériles? Sentí una vertiginosa sensación de irrealidad en lo que mis ojos reposaban; agarré la campanilla convulsivamente, como quien intenta liberarse de una pesadilla, y la toqué dos veces. Pierre entró con una mirada de alarma en su rostro.

—Monsieur ne se trouve pas bien? —dijo, ansiosamente.

—Estoy cansado de esperar, Pierre —dije, tan distintamente y enfáticamente como pude, como un hombre decidido a estar sobrio a pesar del vino —; me temo que algo le ha pasado a mi padre... suele ser tan puntual. Corre al Hôtel des Bergues y mira si está allí.

Pierre salió de la habitación de inmediato, con un tranquilizador «Bien, Monsieur»; y me sentí mejor por esta escena de prosa simple y despierta. Buscando calmarme aún más, entré en mi dormitorio, contiguo al salón, y abrí un estuche de agua de Colonia; saqué una botella; realicé el proceso de quitar el corcho muy pulcramente, y luego froté el espíritu vivificante sobre mis manos y frente, y bajo mis fosas nasales, extrayendo un nuevo deleite del aroma porque lo había procurado mediante lentos detalles de trabajo, y no por ninguna extraña locura repentina. Ya había comenzado a saborear algo del horror que pertenece a la suerte de un ser humano cuya naturaleza no está ajustada a las simples condiciones humanas.

Aún disfrutando del aroma, regresé al salón, pero no estaba desocupado, como lo había estado antes de que lo dejara. Delante del biombo chino estaba mi padre, con la señora Filmore a su derecha, y a su izquierda —la esbelta muchacha de cabello rubio, con el rostro agudo y los ojos penetrantes fijos en mí con una curiosidad medio sonriente—.

—Bueno, Latimer, te pareció que tardaba —dijo mi padre...

No oí más, no sentí más, hasta que fui consciente de que yacía con la cabeza baja en el sofá, con Pierre y mi padre a mi lado. Tan pronto como estuve completamente reanimado, mi padre salió de la habitación, y regresó en breve, diciendo:

—He ido a decirles a las damas cómo estás, Latimer. Estaban esperando en la habitación de al lado. Pospondremos nuestra expedición de compras para hoy.

Al poco rato dijo: —Esa joven dama es Bertha Grant, la sobrina huérfana de la señora Filmore. Filmore la ha adoptado, y vive con ellos, así que la tendrás de vecina cuando volvamos a casa... quizás de pariente cercana; pues hay una ternura entre ella y Alfred, sospecho, y me agradecería el enlace, ya que Filmore tiene la intención de proveerla en todos los sentidos como si fuera su hija. No se me había ocurrido que no supieras nada de que viviera con los Filmore.

No hizo más alusión al hecho de que me hubiera desmayado en el momento de verla, y yo no le habría dicho la razón por nada del mundo: rehuía la idea de revelar a nadie lo que podría considerarse una peculiaridad lastimosa, sobre todo de traicionársela a mi padre, quien habría sospechado de mi cordura desde entonces.

No pretendo detenerme con particularidad en los detalles de mi experiencia. He descrito estos dos casos extensamente, porque tuvieron resultados definidos y claramente rastreables en mi suerte posterior.

Poco después de este último suceso —creo que al día siguiente— comencé a ser consciente de una fase en mi sensibilidad anormal, a la que, debido a la naturaleza lánguida y leve de mi trato con los demás desde mi enfermedad, no había estado atento antes. Esta era la intrusión en mi mente del proceso mental que se desarrollaba primero en una persona, y luego en otra, con la que casualmente entraba en contacto: las ideas y emociones errantes y frívolas de algún conocido poco interesante —la señora Filmore, por ejemplo— se imponían a mi conciencia como un instrumento musical importuno y mal tocado, o la ruidosa actividad de un insecto aprisionado. Pero esta desagradable sensibilidad era intermitente, y me dejaba momentos de descanso, cuando las almas de mis compañeros volvían a estar cerradas para mí, y sentía un alivio como el que el silencio trae a los nervios fatigados. Podría haber creído que esta perspicacia importuna era simplemente una actividad enfermiza de la imaginación, si no fuera porque mi previsión de palabras y acciones incalculables demostraba que tenía una relación fija con el proceso mental en otras mentes. Pero esta conciencia sobreañadida, bastante fatigosa y molesta cuando me imponía la experiencia trivial de personas indiferentes, se convertía en un intenso dolor y aflicción cuando parecía abrirme las almas de aquellos que estaban en estrecha relación conmigo —cuando la conversación racional, las atenciones elegantes, las frases ingeniosamente expresadas y los actos amables, que solían conformar el tejido de sus caracteres, se veían como si estuvieran desgarrados por una visión microscópica, que mostraba todas las frivolidades intermedias, todo el egoísmo reprimido, todo el caótico forcejeo de puerilidades, mezquindad, vagos recuerdos caprichosos y pensamientos indolentes e improvisados, de los cuales emergen las palabras y los hechos humanos como hojillas que cubren un montón en fermentación— .

En Basilea se nos unió mi hermano Alfred, ahora un hombre apuesto y seguro de sí mismo de veintiséis años —un completo contraste con mi yo frágil, nervioso e ineficaz—. Creo que se me consideraba poseedor de una especie de belleza medio femenina, medio fantasmal; pues los retratistas, que abundan como la mala hierba en Ginebra, a menudo me habían pedido que posara para ellos, y yo había sido el modelo de un juglar moribundo en un cuadro de fantasía. Pero detestaba profundamente mi propio físico, y nada más que la creencia de que era una condición del genio poético me habría reconciliado con él. Esa breve esperanza se había desvanecido por completo, y ahora no veía en mi rostro más que el sello de una organización mórbida, hecha para el sufrimiento pasivo —demasiado débil para la sublime resistencia de la producción poética—. Alfred, de quien había estado casi constantemente separado, y quien, en su actual etapa de carácter y apariencia, se presentaba ante mí como un perfecto extraño, estaba empeñado en ser extremadamente amistoso y fraternal conmigo. Tenía la amabilidad superficial de una naturaleza de buen humor y satisfecha de sí misma, que no teme rivalidad alguna y no ha encontrado contrariedades. No estoy seguro de que mi disposición fuera lo suficientemente buena como para haberme librado por completo de la envidia hacia él, incluso si nuestros deseos no hubieran chocado, y si yo hubiera estado en la saludable condición humana que admite la confianza generosa y la interpretación caritativa. Siempre debió existir una antipatía entre nuestras naturalezas. Tal como estaban las cosas, en pocas semanas se convirtió en objeto de intenso odio para mí; y cuando entraba en la habitación, y más aún cuando hablaba, era como si una sensación de metal chirriante me hubiera puesto los dientes largos. Mi conciencia enferma estaba más intensa y continuamente ocupada con sus pensamientos y emociones que con los de cualquier otra persona que se cruzara en mi camino. Estaba perpetuamente exasperado con las mezquinas insinuaciones de su vanidad y su amor por el patrocinio, con su autocomplaciente creencia en la pasión de Bertha Grant por él, con su desprecio medio compasivo hacia mí —visto no en las indicaciones ordinarias de entonación y frase y ligera acción, que una mente aguda y suspicaz está al acecho, sino en toda su desnuda y despellejada complicación—.

Porque éramos rivales, y nuestros deseos chocaban, aunque él no fuera consciente de ello. Aún no he dicho nada del efecto que Bertha Grant produjo en mí al conocerla más de cerca. Ese efecto estaba determinado principalmente por el hecho de que ella constituía la única excepción, entre todos

los seres humanos que me rodeaban, a mi desdichado don de perspicacia. Respecto a Bertha, siempre estaba en un estado de incertidumbre: podía observar la expresión de su rostro y especular sobre su significado; podía pedirle su opinión con el verdadero interés de la ignorancia; podía escuchar sus palabras y esperar su sonrisa con esperanza y temor: tenía para mí la fascinación de un destino por desentrañar. Digo que fue este hecho el que principalmente determinó el fuerte efecto que produjo en mí: pues, en abstracto, ningún carácter femenino podría parecer tener menos afinidad con el de un joven retraído, romántico y apasionado que el de Bertha. Era aguda, sarcástica, poco imaginativa, prematuramente cínica, permaneciendo crítica e impasible en las escenas más impresionantes, inclinada a disecionar todos mis poemas favoritos, y especialmente despreciativa hacia la lírica alemana que era mi literatura predilecta en aquella época. Hasta este momento soy incapaz de definir mi sentimiento hacia ella: no era la admiración juvenil ordinaria, pues era todo lo contrario, incluso en el color de su cabello, de la mujer ideal que aún permanecía para mí como el tipo de belleza; y carecía de ese entusiasmo por lo grande y lo bueno que, incluso en el momento de su más fuerte dominio sobre mí, yo habría declarado ser el elemento más elevado del carácter. Pero no hay tiranía más completa que la que una naturaleza egocéntrica y negativa ejerce sobre una naturaleza mórbidamente sensible que anhela perpetuamente simpatía y apoyo. Las personas más independientes sienten el efecto del silencio de un hombre en aumentar su valoración de su opinión —sienten un triunfo adicional al conquistar la reverencia de un crítico habitualmente quisquilloso y satírico—: no es de extrañar, entonces, que un joven entusiasta y desconfiado de sí mismo observara y esperara ante el secreto cerrado del rostro de una mujer sarcástica, como si fuera el santuario de la deidad dudosamente benigna que regía su destino. Pues un joven entusiasta es incapaz de imaginar la negación total en otra mente de las emociones que agitan la suya propia: pueden ser débiles, latentes, inactivas, piensa él, pero están ahí —pueden ser evocadas—; a veces, en momentos de feliz alucinación, cree que pueden estar allí con toda la mayor fuerza porque no ve ninguna señal externa de ellas. Y este efecto, como he insinuado, se intensificó hasta su máxima expresión en mí, porque Bertha era el único ser que permanecía para mí en el misterioso aislamiento del alma que hace posible tal engaño juvenil. Sin duda, había otro tipo de fascinación en juego —esa sutil atracción física que se deleita en engañar nuestras predicciones psicológicas, y en obligar a los

hombres que pintan sílfides a enamorarse de alguna *bonne et brave femme*, de tacones pesados y pecosa—.

El comportamiento de Bertha hacia mí era tal que alentaba todas mis ilusiones, intensificaba mi pasión juvenil y me hacía cada vez más dependiente de sus sonrisas. Mirando hacia atrás con mi actual y desdichado conocimiento, concluyo que su vanidad y amor por el poder se vieron intensamente gratificados por la creencia de que me había desmayado al verla por primera vez puramente por la fuerte impresión que su persona había producido en mí.<sup>1</sup> A la mujer más prosaica le gusta creerse objeto de una pasión violenta y poética; y sin un ápice de romanticismo en ella, Bertha tenía ese espíritu de intriga que daba sabor a la idea de que el hermano del hombre con el que pretendía casarse se moría de amor y celos por ella. Que pretendiera casarse con mi hermano era algo que en aquel momento yo no creía; pues aunque él era asiduo en sus atenciones hacia ella, y yo sabía muy bien que tanto él como mi padre se habían decidido por este resultado, todavía no había un compromiso entendido —no había habido una declaración explícita—; y Bertha habitualmente, mientras coqueteaba con mi hermano y aceptaba su homenaje de una manera que implicaba para él un completo reconocimiento de su intención, me hacía creer, con las miradas y frases más sutiles —naderías femeninas que nunca podrían citarse en su contra— que él era realmente el objeto de su secreta burla; que lo consideraba, como yo, un petimetre, a quien tendría placer en decepcionar. A mí me mimaba abiertamente en presencia de mi hermano, como si yo fuera demasiado joven y enfermizo para ser considerado alguna vez como amante; y esa era la opinión que él tenía de mí. Pero creo que ella debió deleitarse interiormente con los temblores en los que me sumía por la forma halagadora en que me acariciaba los rizos, mientras se reía de mis citas. Tales caricias siempre se daban en presencia de nuestros amigos; pues cuando estábamos solos, ella afectaba una distancia mucho mayor hacia mí, y de vez en cuando aprovechaba la oportunidad, con palabras o ligeras acciones, para estimular mi tonta y tímida esperanza de que realmente me prefería. ¿Y por qué no habría de seguir su inclinación? Yo no estaba en una posición tan ventajosa como mi hermano, pero tenía fortuna, no era un año más joven que ella, y ella era una heredera, que pronto sería mayor de edad para decidir por sí misma.

Las fluctuaciones de esperanza y temor, confinadas a este único cauce, hacían de cada día en su presencia un tormento delicioso. Hubo un acto deliberado suyo que especialmente ayudó a embriagarme. Cuando estábamos en Viena, cumplió veinte años, y como era muy aficionada a los adornos, todos aprovechamos la oportunidad de las espléndidas joyerías de aquel París teutón para comprarle un regalo de cumpleaños de joyería. El mío, naturalmente, fue el menos costoso; era un anillo de ópalo —el ópalo era mi piedra favorita, porque parece sonrojarse y palidecer como si tuviera alma—. Se lo dije a Bertha cuando se lo di, y dije que era un emblema de la naturaleza poética, cambiando con la luz cambiante del cielo y de los ojos de una mujer. Por la noche apareció elegantemente vestida, y luciendo ostentosamente todos los regalos de cumpleaños excepto el mío. Miré ávidamente sus dedos, pero no vi ningún ópalo. No tuve oportunidad de hacerle notar durante la noche; pero al día siguiente, cuando la encontré sentada sola cerca de la ventana, después del desayuno, le dije: —Desdeñas llevar mi pobre ópalo. Debería haber recordado que despreciabas las naturalezas poéticas, y debería haberte dado coral, o turquesa, o alguna otra piedra opaca e insensible. —¿Lo desprecio? —respondió, tomando una delicada cadena de oro que siempre llevaba alrededor del cuello y sacando el extremo de su seno con mi anillo colgando de él—; me duele un poco, puedo decírtelo —dijo, con su habitual sonrisa dudosa—, llevarlo en ese lugar secreto; y como tu naturaleza poética es tan estúpida como para preferir una posición más pública, no soportaré el dolor por más tiempo.

Se quitó el anillo de la cadena y se lo puso en el dedo, sonriendo aún, mientras la sangre acudía a mis mejillas, y no pude fiarme de mí mismo para decir una palabra de súplica para que mantuviera el anillo donde estaba antes.

Fui completamente engañado por esto, y durante dos días me encerré en mi propia habitación cada vez que Bertha estaba ausente, para poder embriagarme de nuevo con el pensamiento de esta escena y todo lo que implicaba.

Debo mencionar que durante estos dos meses —que me parecieron una larga vida por la novedad e intensidad de los placeres y dolores que experimenté— mi enfermiza participación en la conciencia de otras personas continuó atormentándome; ora era mi padre, ora mi hermano, ora la señora Filmore o su marido, y ora nuestro mensajero alemán, cuya corriente de pen-

samiento se precipitaba sobre mí como un zumbido en los oídos del que no podía deshacerme, aunque permitía que mis propios impulsos e ideas continuaran su curso ininterrumpido. Era como un sentido del oído preternaturalmente agudizado, que hacía audible para uno un rugido de sonido donde otros encuentran perfecta quietud. El cansancio y el disgusto de esta intrusión involuntaria en otras almas solo eran contrarrestados por mi ignorancia de Bertha, y mi creciente pasión por ella; una pasión enormemente estimulada, si no producida, por esa ignorancia. Ella era mi oasis de misterio en el lúgubre desierto del conocimiento. Nunca había permitido que mi condición enfermiza se delatara, o me impulsara a ninguna palabra o acción inusual, excepto una vez, cuando, en un momento de particular amargura contra mi hermano, me había anticipado a unas palabras que sabía que iba a pronunciar — una observación inteligente, que había preparado de antemano —. Ocasionalmente tenía una vacilación ligeramente afectada en su habla, y cuando se detuvo un instante después de la segunda palabra, mi impaciencia y mis celos me impulsaron a continuar el discurso por él, como si fuera algo que ambos hubiéramos aprendido de memoria. Se sonrojó y pareció asombrado, además de molesto; y apenas escaparon las palabras de mis labios, sentí una sacudida de alarma, no fuera que tal anticipación de palabras — muy lejos de ser palabras obvias, fáciles de adivinar — me hubiera delatado como un ser excepcional, una especie de energúmeno silencioso, a quien todos, Bertha sobre todo, mirarían con horror y evitarían. Pero magnifiqué, como de costumbre, la impresión que cualquier palabra o acto mío pudiera producir en los demás; pues nadie dio señal alguna de haber notado mi interrupción más que como una grosería, que se me perdonaría en razón de mi débil condición nerviosa.

Si bien esta conciencia sobreañadida de lo real era casi constante en mí, nunca había tenido una recurrencia de aquella nítida previsión que he descrito en relación con mi primer encuentro con Bertha; y esperaba con ávida curiosidad saber si mi visión de Praga resultaría haber sido un ejemplo del mismo tipo. Pocos días después del incidente del anillo de ópalo, estábamos haciendo una de nuestras frecuentes visitas al Palacio Lichtenberg. Nunca podía mirar muchos cuadros seguidos; pues los cuadros, cuando son poderosos en algo, me afectan tan fuertemente que uno o dos agotan toda mi capacidad de contemplación. Esta mañana había estado mirando el cuadro de Giorgione de la mujer de ojos crueles, que se dice es un retrato de Lucrecia Borgia. Había permanecido largo tiempo solo ante él, fascinado

por la terrible realidad de aquel rostro astuto e implacable, hasta que sentí una extraña sensación envenenada, como si hubiera estado inhalando durante mucho tiempo un olor fatal, y apenas comenzara a ser consciente de sus efectos. Quizás ni entonces me habría apartado, si el resto del grupo no hubiera regresado a esta sala, y anunciado que iban a la Galería Belvedere a resolver una apuesta que había surgido entre mi hermano y el señor Filmore sobre un retrato. Los seguí soñadoramente, y apenas estuve consciente de lo que ocurrió hasta que todos hubieron subido a la galería, dejándome abajo; pues me negué a ponerme a la vista de otro cuadro ese día. Me dirigí a la Gran Terraza, ya que se había acordado que pasearíamos por los jardines cuando se hubiera decidido la disputa. Había estado sentado aquí un corto espacio, vagamente consciente de jardines bien cuidados, con una ciudad y verdes colinas en la distancia, cuando, deseando evitar la proximidad del centinela, me levanté y bajé los anchos escalones de piedra, con la intención de sentarme más adelante en los jardines. Justo cuando llegué al sendero de grava, sentí un brazo deslizarse dentro del mío, y una mano ligera presionando suavemente mi muñeca. En el mismo instante, un extraño entumecimiento embriagador me invadió, como la continuación o el clímax de la sensación que aún sentía por la mirada de Lucrecia Borgia. Los jardines, el cielo de verano, la conciencia del brazo de Bertha dentro del mío, todo se desvaneció, y me pareció estar de repente en la oscuridad, de la cual gradualmente surgió una tenue luz de fuego, y me sentí sentado en el sillón de cuero de mi padre en la biblioteca de casa. Conocía la chimenea —los morillos para el fuego de leña— el dintel de mármol negro con el medallón de mármol blanco de la Cleopatra moribunda en el centro. Una miseria intensa y desesperada oprimía mi alma; la luz se hizo más fuerte, pues Bertha entraba con una vela en la mano —Bertha, mi esposa— con ojos crueles, con joyas verdes y hojas verdes en su vestido de baile blanco; cada odioso pensamiento dentro de ella presente para mí... «¡Loco, idiota! ¿Por qué no te matas, entonces?». Fue un momento infernal. Vi dentro de su alma despiadada —vi su mundanidad estéril, su odio abrasador— y sentí que me envolvía como un aire que estaba obligado a respirar. Ella vino con su vela y se detuvo sobre mí con una amarga sonrisa de desprecio; vi el gran broche de esmeraldas en su pecho, una serpiente tachonada con ojos de diamante. Me estremecí —despreciaba a esta mujer de alma estéril y pensamientos mezquinos—; pero me sentí impotente ante ella, como si ella aferrara mi corazón sangrante, y lo aferrara hasta que la última gota de sangre vital se

desvaneciera. Ella era mi esposa, y nos odiábamos. Gradualmente el hogar, la biblioteca oscura, la luz de la vela desaparecieron —parecieron disolverse en un fondo de luz, la serpiente verde con los ojos de diamante permaneciendo como una imagen oscura en la retina—. Entonces tuve la sensación de que mis párpados temblaban, y la luz del día viva irrumpió sobre mí; vi jardines y oí voces; estaba sentado en los escalones de la Terraza Belvedere, y mis amigos estaban a mi alrededor.

El tumulto mental al que me arrojó esta horrible visión me enfermó durante varios días, y prolongó nuestra estancia en Viena. Me estremecía de horror cuando la escena volvía a mi mente; y volvía constantemente, con todos sus detalles minuciosos, como si hubieran sido grabados a fuego en mi memoria; y sin embargo, tal es la locura del corazón humano bajo la influencia de sus deseos inmediatos, sentí una alegría salvaje, desafiante del infierno, de que Bertha fuera a ser mía; pues el cumplimiento de mi anterior previsión concerniente a su primera aparición ante mí, me dejaba pocas esperanzas de que este último y horrible atisbo del futuro fuera el mero juego enfermizo de mi propia mente, y no tuviera relación con realidades externas. Solo una cosa esperaba como posible medio de poner en duda mi terrible convicción: el descubrimiento de que mi visión de Praga había sido falsa; y Praga era la siguiente ciudad en nuestra ruta.

Mientras tanto, apenas me encontraba de nuevo en compañía de Bertha, estaba tan completamente bajo su dominio como antes. ¿Qué importaba si veía el corazón de Bertha, la mujer madura —Bertha, mi esposa—? Bertha, la muchacha, seguía siendo un secreto fascinante para mí: temblaba bajo su tacto; sentía la hechicería de su presencia; anhelaba estar seguro de su amor. El miedo al veneno es débil contra la sensación de sed. No, estaba tan celoso de mi hermano como antes —tan irritado por sus pequeñas maneras condescendientes—; pues mi orgullo, mi sensibilidad enfermiza, estaban allí como siempre lo habían estado, y se encogían tan inevitablemente ante cada ofensa como mi ojo se encogía ante una mota intrusa. El futuro, aun cuando se traía al ámbito del sentimiento por una visión que me hacía estremecer, todavía no tenía más que la fuerza de una idea, comparada con la fuerza de la emoción presente —de mi amor por Bertha, de mi aversión y celos hacia mi hermano—.

Es una vieja historia que los hombres se venden al tentador, y firman un pacto con su sangre, porque solo ha de surtir efecto en un día lejano; luego

se apresuran a arrebatar la copa que sus almas ansían con un impulso no menos salvaje porque haya una sombra oscura a su lado para siempre. No hay atajo, ni vía férrea patentada, hacia la sabiduría: después de todos los siglos de invención, el camino del alma yace a través del espinoso desierto que aún debe ser hollado en soledad, con los pies sangrantes, con sollozos pidiendo ayuda, como fue hollado por los de antaño.

Mi mente especulaba ávidamente sobre los medios por los cuales me convertiría en el rival exitoso de mi hermano, pues todavía era demasiado tímido, en mi ignorancia del sentimiento real de Bertha, para aventurarme a dar ningún paso que la instara a una confesión de ello. Pensé que ganaría confianza incluso para esto, si mi visión de Praga resultaba haber sido veraz; y sin embargo, ¡el horror de esa certeza! Detrás de la esbelta muchacha Bertha, cuyas palabras y miradas yo acechaba, cuyo tacto era felicidad, se alzaba continuamente aquella Bertha de formas más plenas, ojos más duros, boca más rígida —con el alma estéril y egoísta al descubierto—; ya no un secreto fascinante, sino un hecho medido, imponiéndose perpetuamente a mi vista renuente. ¿Eres incapaz de ofrecerme tu simpatía —tú que lees esto—? ¿Eres incapaz de imaginar esta doble conciencia obrando dentro de mí, fluyendo como dos corrientes paralelas que nunca mezclan sus aguas y se funden en un matiz común? Sin embargo, debes haber conocido algo de los presentimientos que surgen de una perspicacia en guerra con la pasión; y mis visiones solo eran como presentimientos intensificados hasta el horror. Has conocido la impotencia de las ideas ante el poder del impulso; y mis visiones, una vez que habían pasado a la memoria, eran meras ideas —sombras pálidas que hacían señas en vano, mientras mi mano era agarrada por lo vivo y lo amado—.

En días posteriores pensé con amargo pesar que si hubiera previsto algo más o algo diferente —si en lugar de esa horrible visión que envenenó la pasión que no pudo destruir, o si incluso junto con ella hubiera podido tener un presagio de aquel momento en que miré el rostro de mi hermano por última vez, alguna influencia suavizante se habría derramado sobre mi sentimiento hacia él: el orgullo y el odio seguramente se habrían sometido a la piedad, y el registro de aquellos pecados ocultos se habría acertado—. Pero este es uno de los vanos pensamientos con los que los hombres nos halagamos. Intentamos creer que el egoísmo dentro de nosotros se habría derretido fácilmente, y que solo la estrechez de nuestro conocimiento cercó nues-

tra generosidad, nuestro asombro, nuestra piedad humana, e impidió que sumergieran nuestra dura indiferencia a las sensaciones y emociones de nuestros semejantes. Nuestra ternura y abnegación parecen fuertes cuando nuestro egoísmo ha tenido su día —cuando, después de nuestro mezquino esfuerzo por un triunfo que ha de ser la pérdida de otro, el triunfo llega de repente, y nos estremecemos ante él, porque es ofrecido por la fría mano de la muerte—.

Nuestra llegada a Praga ocurrió de noche, y me alegré de ello, pues parecía un aplazamiento de un momento terriblemente decisivo, estar en la ciudad durante horas sin verla. Como no debíamos permanecer mucho tiempo en Praga, sino seguir rápidamente hacia Dresde, se propuso que saliéramos en coche a la mañana siguiente y echáramos un vistazo general al lugar, además de visitar algunos de sus puntos especialmente interesantes, antes de que el calor se volviera opresivo —pues estábamos en agosto, y la estación era calurosa y seca—. Pero sucedió que las damas se retrasaron bastante en su aseo matutino, y para fastidio cortésmente reprimido pero perceptible de mi padre, no estuvimos en el carruaje hasta que la mañana estuvo muy avanzada. Pensé con una sensación de alivio, al entrar en el barrio judío, donde debíamos visitar la antigua sinagoga, que nos mantendrían en esta parte llana y cerrada de la ciudad, hasta que todos estuviéramos demasiado cansados y acalorados para seguir adelante, y así regresaríamos sin ver más que las calles por las que ya habíamos pasado. Eso me daría otro día de suspense —suspense, la única forma en que un espíritu temeroso conoce el consuelo de la esperanza—. Pero, mientras estaba bajo los arcos ojivales ennegrecidos de aquella antigua sinagoga, apenas visibles por las siete delgadas velas de la lámpara sagrada, mientras nuestro cicerone judío bajaba el Libro de la Ley y nos leía en su lengua antigua —sentí una estremecedora impresión de que este extraño edificio, con sus luces menguadas, este remanente marchito y superviviente del judaísmo medieval, era una pieza con mi visión—. Aquellos oscuros y polvorientos santos cristianos, con sus arcos más elevados y sus velas más grandes, necesitaban el desprecio consolador con el que podrían señalar una muerte en vida más marchita que la suya propia.

Como esperaba, cuando dejamos el barrio judío los mayores de nuestro grupo desearon regresar al hotel. Pero ahora, en lugar de regocijarme por esto, como había hecho de antemano, sentí un repentino e irresistible impul-

so de seguir de inmediato hacia el puente, y poner fin al suspense que había estado deseando prolongar. Declaré, con inusual decisión, que me bajaría del carruaje y seguiría caminando solo; ellos podrían regresar sin mí. Mi padre, pensando que esto era simplemente una muestra de mis habituales «tonterías poéticas», objetó que solo me haría daño caminando con el calor; pero cuando persistí, dijo enfadado que podía seguir mis propios absurdos designios, pero que Schmidt (nuestro mensajero) debía ir conmigo. Asentí a esto, y partí con Schmidt hacia el puente. Apenas había pasado bajo el arco del gran portón antiguo que conducía al puente, cuando un temblor se apoderó de mí, y me quedé frío bajo el sol del mediodía; sin embargo, seguí adelante; estaba en busca de algo —un pequeño detalle que recordaba con especial intensidad como parte de mi visión—. Allí estaba: la mancha de luz de arco iris en el pavimento transmitida a través de una lámpara en forma de estrella.

---

[1] Inscripción en la lápida de Swift.

## CAPÍTULO II

Antes de que terminara el otoño, y mientras las hojas pardas aún cubrían densamente las hayas de nuestro parque, mi hermano y Bertha se comprometieron, y quedó entendido que su matrimonio tendría lugar a principios de la primavera siguiente. A pesar de la certeza que yo había sentido desde aquel momento en el puente de Praga, de que Bertha sería algún día mi esposa, mi timidez y desconfianza constitucionales habían continuado paralizándome, y las palabras con las que a veces había premeditado una confesión de mi amor, habían muerto sin ser pronunciadas. El mismo conflicto había continuado dentro de mí como antes: el anhelo de una seguridad de amor de los labios de Bertha, el terror de que una palabra de desprecio y negación cayera sobre mí como un ácido corrosivo. ¿Qué era para mí la convicción de una necesidad lejana? Temblaba bajo una mirada presente, ansiaba una alegría presente, me sentía obstruido y helado por un temor presente. Y así pasaban los días: presencié el compromiso de Bertha y oí discutir su matrimonio como si estuviera bajo una pesadilla consciente, sabiendo que era un sueño que se desvanecería, pero sintiéndome ahogado bajo el agarre de dedos que apretaban con fuerza.

Cuando no estaba en presencia de Bertha —y estaba con ella muy a menudo, pues continuaba tratándome con un patrocinio juguetón que no despertaba celos en mi hermano— pasaba mi tiempo principalmente vagando, paseando o dando largos paseos a caballo mientras duraba la luz del día, y luego encerrándome con mis libros sin leer; pues los libros habían perdido el poder de encadenar mi atención. Mi autoconciencia se había agudizado hasta tal punto de intensidad en que nuestras propias emociones toman la

forma de un drama que se impone imperativamente a nuestra contemplación, y comenzamos a llorar, menos por el sentimiento de nuestro sufrimiento que por el pensamiento de él. Sentía una especie de angustia compasiva por el patetismo de mi propia suerte: la suerte de un ser finalmente organizado para el dolor, pero casi sin fibras que respondieran al placer; para quien la idea del mal futuro robaba al presente su alegría, y para quien la idea del bien futuro no aquietaba la inquietud de un anhelo presente o un temor presente. Atravesé mudamente aquella etapa del sufrimiento del poeta, en la que siente la deliciosa punzada de la expresión, y crea una imagen de sus pesares.

Se me dejó completamente sin reconvenciones respecto a esta vida soñadora y errática: conocía el pensamiento de mi padre sobre mí: «Ese muchacho nunca servirá para nada en la vida: puede malgastar sus años de manera insignificante con la renta que le corresponde: no me molestaré en buscarle una carrera».

Una mañana apacible a principios de noviembre, sucedió que estaba yo de pie fuera del pórtico acariciando al viejo y perezoso César, un Terranova casi ciego por la edad, el único perro que alguna vez me hizo caso —pues hasta los perros me rehuían, y adulaban a las personas más felices a mi alrededor— cuando el mozo de cuadra trajo el caballo de mi hermano que lo llevaría a la caza, y mi hermano mismo apareció en la puerta, rubicundo, de pecho ancho y satisfecho de sí mismo, sintiendo ¡qué buen tipo era al no comportarse insolentemente con todos nosotros gracias a sus grandes ventajas!

—Latimer, viejo amigo —me dijo en un tono de cordialidad compasiva —, ¡qué lástima que no salgas a correr con los sabuesos de vez en cuando! ¡Lo mejor del mundo para el abatimiento!

«¡Abatimiento!», pensé con amargura, mientras él se alejaba cabalgando; «esa es la clase de frase con la que naturalezas toscas y estrechas como la tuya creen describir una experiencia de la que no puedes saber más de lo que sabe tu caballo. Es a gente como tú a quien le toca lo bueno de este mundo: torpeza complaciente, egoísmo saludable, vanidad bonachona... esas son las llaves de la felicidad».

El rápido pensamiento vino a mí de que mi egoísmo era aún más fuerte que el suyo; solo que era un egoísmo sufriente en lugar de uno gozoso. Pero

entonces, de nuevo, mi exasperante perspicacia en el alma autocomplaciente de Alfred, su libertad de todas las dudas y temores, los anhelos insatisfechos, las exquisitas torturas de la sensibilidad, que habían tejido la trama de mi vida, parecían absolverme de todo vínculo hacia él. Este hombre no necesitaba piedad, ni amor; esas sutiles influencias habrían sido tan poco sentidas por él como la delicada niebla blanca es sentida por la roca que acaricia. No había ningún mal reservado para él: si no se casaba con Bertha, sería porque habría encontrado una suerte más placentera para sí mismo.

La casa del señor Filmore no distaba más de media milla de nuestras propias puertas, y siempre que sabía que mi hermano se había ido en otra dirección, iba yo allí con la esperanza de encontrar a Bertha en casa. Más tarde, ese día, caminé hasta allá. Por una rara casualidad estaba sola, y paseamos juntos por los terrenos, pues ella rara vez iba a pie más allá de los senderos de grava pulcramente barridos. Recuerdo qué hermosa sílfide me pareció mientras el bajo sol de noviembre brillaba en su cabello rubio, y ella caminaba con desenvoltura, bromeando conmigo con su habitual chanza ligera, a la que yo escuchaba medio con cariño, medio con mal humor; era toda la señal que el misterioso yo interior de Bertha me había dado jamás. Hoy quizás predominaba el mal humor, pues aún no me había librado del acceso de odio celoso que mi hermano había despertado en mí con su condescendencia al despedirse. De repente la interrumpí y la sobresalté diciendo, casi con ferocidad: —¿Bertha, cómo puedes amar a Alfred?

Me miró con sorpresa por un momento, pero pronto volvió su leve sonrisa, y respondió sarcásticamente: —¿Por qué supones que lo amo?

—¿Cómo puedes preguntar eso, Bertha?

—¿Cómo! ¿Tu sabiduría piensa que debo amar al hombre con el que me voy a casar? La cosa más desagradable del mundo. Reñiría con él; estaría celosa de él; nuestro ménage se llevaría de una manera muy mal educada. Un poco de tranquilo desprecio contribuye enormemente a la elegancia de la vida.

—Bertha, ese no es tu verdadero sentimiento. ¿Por qué te deleitas en tratar de engañarme inventando discursos tan cínicos?

—Nunca necesito tomarme la molestia de inventar para engañarte, mi pequeño Tasso —(ese era el nombre burlón que solía darme)—. La forma más

fácil de engañar a un poeta es decirle la verdad.

Estaba poniendo a prueba la validez de su epigrama de una manera audaz, y por un momento la sombra de mi visión —la Bertha cuya alma no era un secreto para mí— pasó entre yo y la muchacha radiante, la sílfide juguetona cuyos sentimientos eran un misterio fascinante. Supongo que debí estremecerme, o delatar de alguna otra manera mi momentáneo escalofrío de horror.

—¡Tasso! —dijo ella, agarrándome la muñeca y escudriñándome el rostro—. ¿Realmente empiezas a discernir qué chica tan desalmada soy? Vaya, no eres ni la mitad del poeta que pensaba que eras; eres realmente capaz de creer la verdad sobre mí.

La sombra pasó de entre nosotros, y ya no era el objeto más cercano a mí. La muchacha cuyos dedos ligeros me agarraban, cuyo rostro élfico y encantador me miraba —quien, pensé, estaba delatando un interés en mis sentimientos que no habría confesado directamente—, esta presencia de cálido aliento volvió a poseer mis sentidos e imaginación como una melodía de sirena que regresa, que había sido dominada por un instante por el rugido de olas amenazantes. Fue un momento tan delicioso para mí como despertar a la conciencia de la juventud después de un sueño de mediana edad. Olvidé todo excepto mi pasión, y dije con los ojos llorosos:

—Bertha, ¿me amarás cuando nos casemos? No me importaría si realmente me amaras solo por un corto tiempo.

Su mirada de asombro, al soltar mi mano y apartarse de mí, me devolvió el sentido de mi extraña, de mi criminal indiscreción.

—Perdóname —dije, apresuradamente, tan pronto como pude hablar de nuevo—; no sabía lo que estaba diciendo.

—Ah, veo que a Tasso le ha dado el ataque de locura —respondió tranquilamente, pues se había recuperado antes que yo—. Que se vaya a casa y mantenga la cabeza fría. Debo entrar, pues el sol se está poniendo.

La dejé, lleno de indignación contra mí mismo. Había dejado escapar palabras que, si ella reflexionaba sobre ellas, podrían despertar en ella una sospecha de mi anormal condición mental; una sospecha que, entre todas las cosas, temía. Y además de eso, estaba avergonzado de la aparente bajeza que había cometido al pronunciarlas a la prometida de mi hermano. Caminé

lentamente hacia casa, entrando a nuestro parque por una verja privada en lugar de por las porterías. Al acercarme a la casa, vi a un hombre que salía a toda velocidad del patio de las caballerizas, cruzando el parque. ¿Había ocurrido algún accidente en casa? No; quizás era solo uno de los perentorios recados de negocios de mi padre que requería esta precipitación vertiginosa. Sin embargo, aceleré el paso sin ningún motivo definido, y pronto estuve en la casa. No me detendré en la escena que encontré allí. Mi hermano estaba muerto; había sido arrojado de su caballo y muerto en el acto por una conmoción cerebral.

Subí a la habitación donde yacía, y donde mi padre estaba sentado a su lado con una mirada de rígida desesperación. Yo había rehuído a mi padre más que a nadie desde nuestro regreso a casa, pues la antipatía radical entre nuestras naturalezas hacía de mi perspicacia en su yo interior una aflicción constante para mí. Pero ahora, al acercarme a él y permanecer a su lado en triste silencio, sentí la presencia de un nuevo elemento que nos unía como nunca antes habíamos estado unidos. Mi padre había sido uno de los hombres más exitosos en el mundo de hacer dinero: no había tenido sufrimientos sentimentales, ni enfermedades. El mayor problema que le había acaecido fue la muerte de su primera esposa. Pero se casó con mi madre poco después; y recuerdo que parecía exactamente el mismo, para mi aguda observación infantil, la semana después de la muerte de ella que antes. Pero ahora, por fin, había llegado una pena: la pena de la vejez, que sufre más por el aplastamiento de su orgullo y sus esperanzas, en proporción a cuán estrechos y prosaicos son el orgullo y la esperanza. Su hijo iba a casarse pronto; probablemente se habría presentado por el distrito electoral en las próximas elecciones. La existencia de ese hijo era el mejor motivo que podía alegarse para hacer nuevas compras de tierras cada año para redondear la finca.<sup>1</sup> Es algo lúgubre seguir haciendo las mismas cosas año tras año, sin saber por qué las hacemos. Quizás la tragedia de la juventud y la pasión defraudadas es menos lastimosa que la tragedia de la edad y la mundanidad defraudadas.

Al ver la desolación del corazón de mi padre, sentí un movimiento de profunda piedad hacia él, que fue el comienzo de un nuevo afecto; un afecto que creció y se fortaleció a pesar de la extraña amargura con la que me miró en el primer mes o dos después de la muerte de mi hermano. Si no hubiera sido por la influencia suavizante de mi compasión por él —la primera compasión profunda que jamás había sentido—, me habría herido la percepción

de que mi padre me transfería la herencia de un hijo mayor con un sentimiento de mortificación porque el destino lo había obligado al ingrato curso de cuidarme como un ser importante. Fue solo a pesar de sí mismo que comenzó a pensar en mí con ansiosa consideración. Apenas hay niño desatendido para quien la muerte haya dejado vacante un lugar más favorecido, que no entienda lo que quiero decir.

Gradualmente, sin embargo, mi nueva deferencia a sus deseos, el efecto de esa paciencia que nació de mi piedad por él, ganó su afecto, y comenzó a complacerse con el esfuerzo de hacerme ocupar el lugar de mi hermano tan plenamente como mi personalidad más débil lo permitía. Vi que la perspectiva que poco a poco se presentaba de que yo me convirtiera en el esposo de Bertha era bienvenida para él, e incluso contempló en mi caso lo que no había pretendido en el de mi hermano: que su hijo y su nuera formaran un solo hogar con él. Mis sentimientos suavizados hacia mi padre hicieron de este el tiempo más feliz que había conocido desde la infancia; estos últimos meses en los que retuve la deliciosa ilusión de amar a Bertha, de anhelar y dudar y esperar que ella pudiera amarme. Ella se comportó con una cierta nueva conciencia y distancia hacia mí después de la muerte de mi hermano; y yo también estaba bajo una doble coacción: la de la delicadeza hacia la memoria de mi hermano, y la de la ansiedad por la impresión que mis abruptas palabras habían dejado en su mente. Pero la pantalla adicional que esta reserva mutua erigió entre nosotros solo me puso más completamente bajo su poder: no importa cuán<sup>2</sup> vacío esté el ádyton, siempre que el velo sea lo suficientemente espeso. Tan absoluta es la necesidad de nuestra alma de algo oculto e incierto para el mantenimiento de esa duda y esperanza y esfuerzo que son el aliento de su vida, que si todo el futuro nos fuera revelado más allá del hoy, el interés de toda la humanidad se centraría en las horas intermedias; jadearíamos tras las incertidumbres de nuestra única mañana y nuestra única tarde; correríamos ferozmente a la Bolsa por nuestra última posibilidad de especulación, de éxito, de decepción; tendríamos una plétora de profetas políticos prediciendo una crisis o una no crisis dentro de las únicas veinticuatro horas abiertas a la profecía. Imagínesse la condición de la mente humana si todas las proposiciones, cualesquiera que fuesen, fueran evidentes por sí mismas excepto una, que se volvería evidente al cierre de un día de verano, pero que mientras tanto podría ser objeto de pregunta, de hipótesis, de debate. El arte y la filosofía, la literatura y la ciencia, se aferarían como abejas a esa única proposición que contenía la miel de la proba-

bilidad, y estarían tanto más ansiosas porque su goce terminaría con la puesta del sol. Nuestros impulsos, nuestras actividades espirituales, no se ajustan más a la idea de su futura nulidad que el latido de nuestro corazón o la irritabilidad de nuestros músculos.

Bertha, la esbelta muchacha de cabello rubio, cuyos pensamientos y emociones presentes eran un enigma para mí en medio de la fatigosa obvedad de las otras mentes a mi alrededor, era tan absorbente para mí como un único desconocido hoy —como una única proposición hipotética que permanecería problemática hasta el atardecer—; y toda la creencia y la incredulidad, la confianza y la desconfianza reprimidas y constreñidas de mi naturaleza, brotaban por este único y estrecho cauce.

Y ella me hizo creer que me amaba. Sin abandonar jamás su tono de badinage y superioridad juguetona, me embriagaba con la sensación de que yo era necesario para ella, de que nunca estaba a gusto a menos que yo estuviera cerca, sometiéndome a su tiranía lúdica. ¡Tan poco esfuerzo le cuesta a una mujer embobarnos de esta manera! Una palabra a medio reprimir, un momento de silencio inesperado, incluso un fácil acceso de petulancia por nuestra causa, nos servirá de hachís durante mucho tiempo. A partir de la más sutil red de signos apenas perceptibles, me hizo tejer la fantasía de que siempre me había amado inconscientemente más que a Alfred, pero que, con la sensibilidad ignorante y agitada de una joven, se había dejado impresionar por el encanto que para ella residía en la distinción de ser admirada y elegida por un hombre que hacía una figura tan brillante en el mundo como mi hermano. Se satirizaba a sí misma de una manera muy elegante por su vanidad y ambición. ¿Qué me importaba a mí tener la luz de mi desdichada previsión sobre el hecho de que ahora era yo quien poseía al menos todas las ventajas de mi hermano, excepto la parte personal? Nuestras dulces ilusiones son, la mitad de ellas, ilusiones conscientes, como efectos de color que sabemos que están hechos de oropel, vidrio roto y harapos.

Nos casamos dieciocho meses después de la muerte de Alfred, una mañana fría y clara de abril, cuando hubo granizo y sol al mismo tiempo; y Bertha, con su seda blanca y hojas verde pálido, y los tonos pálidos de su cabello y rostro, parecía el espíritu de la mañana. Mi padre estaba más feliz de lo que había pensado volver a estar: mi matrimonio, estaba seguro, completaría la deseable modificación de mi carácter, y me haría lo suficientemente práctico y mundano como para ocupar mi lugar en la sociedad entre

hombres cuerdos. Pues se deleitaba con el tacto y la agudeza de Bertha, y estaba seguro de que ella sería mi dueña, y me haría lo que ella quisiera: yo solo tenía veintiún años, y estaba locamente enamorado de ella. ¡Pobre padre! Mantuvo esa esperanza un poco después de nuestro primer año de matrimonio, y no se había extinguido del todo cuando llegó la parálisis y lo salvó de una decepción total.

Me apresuraré a terminar el resto de mi historia, sin detenerme tanto como lo he hecho hasta ahora en mi experiencia interna. Cuando las personas se conocen bien, hablan más bien de lo que les sucede externamente, dejando que sus sentimientos y pareceres se infieran.

Vivimos en una ronda de visitas durante algún tiempo después de nuestro regreso a casa, ofreciendo espléndidas cenas y causando sensación en nuestro vecindario por el nuevo lustre de nuestro equipaje, pues mi padre había reservado esta exhibición de su creciente riqueza para el período del matrimonio de su hijo; y dimos a nuestros conocidos amplia oportunidad para comentar que era una lástima que yo hiciera una figura tan pobre como heredero y novio. La fatiga nerviosa de esta existencia, las insinceridades y trivialidades que tuve que vivir dos veces —a través de mi sentido interno y externo— me habrían vuelto loco, si no hubiera tenido esa especie de insensibilidad embriagada que provenía de las delicias de una primera pasión. Un novio y una novia, rodeados de todos los accesorios de la riqueza, apresurados durante el día por el torbellino de la sociedad, llenando sus momentos solitarios con caricias arrebatadas apresuradamente, están preparados para su futura vida juntos como el novicio está preparado para el claustro: experimentando su máximo contraste.

A lo largo de todos estos concurridos y excitados meses, el yo interior de Bertha permaneció oculto para mí, y yo todavía leía sus pensamientos solo a través del lenguaje de sus labios y su comportamiento: todavía tenía el interés humano de preguntarme si lo que hacía y decía le complacía, de anhelar oír una palabra de afecto, de dar una deliciosa exageración de significado a su sonrisa. Pero era consciente de una creciente diferencia en su manera hacia mí; a veces lo suficientemente fuerte como para llamarse frialdad altiva, cortándome y helándome como lo había hecho el granizo que cruzó el sol en la mañana de nuestra boda; a veces solo perceptible en la hábil evitación de un paseo o cena tête-à-tête que yo había estado esperando. Me había dolido profundamente esto —incluso había sentido una especie de

aplastamiento del corazón, por la sensación de que mi breve día de felicidad estaba cerca de su ocaso—; pero aun así seguía dependiendo de Bertha, ansioso por los últimos rayos de una dicha que pronto se iría para siempre, esperando y vigilando algún resplandor crepuscular más hermoso proveniente de la noche inminente.

Recuerdo —¿cómo no recordarlo?— el momento en que esa dependencia y esperanza me abandonaron por completo, cuando la tristeza que había sentido en el creciente distanciamiento de Bertha se convirtió en una alegría que recordaba con anhelo, como un hombre podría recordar los últimos dolores en un miembro paralizado. Fue justo después del final de la última enfermedad de mi padre, que necesariamente nos había apartado de la sociedad y nos había arrojado más el uno sobre el otro. Era la noche de la muerte de mi padre. Esa noche, el velo que había envuelto el alma de Bertha para mí —que me había hecho encontrar solo en ella, entre mis semejantes, la bendita posibilidad del misterio, la duda y la expectativa— fue retirado por primera vez. Quizás fue el primer día desde el comienzo de mi pasión por ella, en que esa pasión fue completamente neutralizada por la presencia de un sentimiento absorbente de otro tipo. Había estado velando junto al lecho de muerte de mi padre: había estado presenciando la última mirada anhelante y vacilante que su alma había lanzado hacia la herencia agotada de la vida —la última y débil conciencia de amor que había recogido de la presión de mi mano—. ¿Qué son todos nuestros amores personales cuando hemos compartido esa agonía suprema? En los primeros momentos en que nos alejamos de la presencia de la muerte, toda otra relación con los vivos se fusiona, para nuestro sentir, en la gran relación de una naturaleza común y un destino común.

En ese estado de ánimo me reuní con Bertha en su salón privado. Estaba sentada en una postura reclinada en un canapé, de espaldas a la puerta; los grandes y ricos bucles de su pálido cabello rubio coronando su pequeño cuello, visibles por encima del respaldo del canapé. Recuerdo, al cerrar la puerta detrás de mí, que un temblor frío se apoderó de mí, y una vaga sensación de ser odiado y solitario —vaga y fuerte, como un presentimiento—. Sé cómo me veía en ese momento, pues me vi en el pensamiento de Bertha cuando ella levantó sus penetrantes ojos grises y me miró: un miserable vidente de fantasmas, rodeado de espectros a pleno día, temblando bajo una brisa cuando las hojas estaban quietas, sin apetito por los objetos comunes

del deseo humano, sino suspirando por los rayos de luna. Estábamos frente a frente, y nos juzgábamos mutuamente. El terrible momento de iluminación completa había llegado para mí, y vi que la oscuridad no me había ocultado ningún paisaje, sino solo un muro prosaico y vacío: desde aquella noche en adelante, a través de los nauseabundos años que siguieron, vi toda la estrecha habitación del alma de esta mujer —vi artificio mezquino y mera negación donde me había deleitado en creer en sensibilidades tímidas y en ingenio en guerra con sentimientos latentes— vi las ligeras vanidades flotantes de la muchacha definirse en la coquetería sistemática, el egoísmo calculador, de la mujer —vi la repulsión y la antipatía endurecerse en odio cruel, causando dolor solo por el placer de desahogarse— .

Pues Bertha también, a su manera, sintió la amargura de la desilusión. Había creído que mi salvaje pasión de poeta por ella me convertiría en su esclavo; y que, siendo su esclavo, yo ejecutaría su voluntad en todas las cosas. Con la superficialidad esencial de una naturaleza negativa y poco imaginativa, era incapaz de concebir el hecho de que las sensibilidades fueran algo más que debilidades. Había pensado que mis debilidades me pondrían en su poder, y las encontró fuerzas inmanejables. Nuestras posiciones se invirtieron. Antes del matrimonio, ella había dominado completamente mi imaginación, pues era un secreto para mí; y yo creaba el pensamiento desconocido ante el cual temblaba como si fuera suyo. Pero ahora que su alma estaba abierta para mí, ahora que me veía obligado a compartir la intimidad de sus motivos, a seguir todos los mezquinos subterfugios que precedían a sus palabras y actos, ella se encontró impotente conmigo, excepto para producir en mí el escalofrío de repulsión —impotente, porque no podía ser movido por ninguna palanca a su alcance— . Yo estaba muerto a las ambiciones mundanas, a las vanidades sociales, a todos los incentivos dentro del alcance de su estrecha imaginación, y vivía bajo influencias completamente invisibles para ella.

Era realmente digna de lástima por tener tal marido, y así lo pensaba todo el mundo. Una mujer elegante y brillante, como Bertha, que sonreía a los visitantes matutinos, hacía figura en los salones de baile y era capaz de esa réplica ligera que, viniendo de tal mujer, se acepta como ingenio, estaba segura de llevarse toda la simpatía de un marido que era enfermizo, abstraído y, como algunos sospechaban, chiflado. Incluso los sirvientes de nuestra casa le daban la balanza de su consideración y piedad. Pues no había dis-

putas audibles entre nosotros; nuestra alienación, nuestra repulsión mutua, yacía en el silencio de nuestros propios corazones; y si la señora salía mucho, y parecía disgustarle la compañía del señor, ¿no era natural, pobrecilla? El señor era extraño. Yo era amable y justo con mis dependientes, pero despertaba en ellos una piedad encogida y medio despectiva; pues esta clase de hombres y mujeres se determinan muy poco en su estimación de los demás por consideraciones generales, o incluso por la experiencia del carácter. Juzgan a las personas como juzgan las monedas, y valoran a aquellos que circulan con una alta cotización.

Después de un tiempo, interfería tan poco en los hábitos de Bertha, que podría parecer maravilloso cómo su odio hacia mí pudo crecer tan intenso y activo como lo hizo. Pero ella había comenzado a sospechar, por algunas delaciones involuntarias mías, que había en mí un poder anormal de penetración —que intermitentemente, al menos, yo estaba extrañamente al tanto de sus pensamientos e intenciones, y comenzó a ser perseguida por un terror hacia mí, que alternaba de vez en cuando con el desafío—. Meditaba continuamente cómo podría sacudirse el íncubo de su vida —cómo podría liberarse de este odioso vínculo con un ser a quien a la vez despreciaba como un imbécil, y temía como un inquisidor—. Durante mucho tiempo vivió con la esperanza de que mi evidente desdicha me llevaría a cometer suicidio; pero el suicidio no estaba en mi naturaleza. Estaba demasiado completamente dominado por la sensación de estar en las garras de fuerzas desconocidas, para creer en mi poder de autoliberación. Hacia mi propio destino me había vuelto enteramente pasivo; pues mi único deseo ardiente se había consumido, y el impulso ya no predominaba sobre el conocimiento. Por esta razón nunca pensé en tomar ninguna medida hacia una separación completa, lo que habría hecho evidente nuestra alienación al mundo. ¿Por qué debería apresurarme a buscar ayuda en un nuevo curso, cuando solo sufría las consecuencias de un acto que había sido la acción de mi voluntad más intensa? Esa habría sido la lógica de alguien que tuviera deseos que satisfacer, y yo no tenía deseos. Pero Bertha y yo vivíamos cada vez más alejados el uno del otro. A los ricos les resulta fácil vivir casados y separados.

Ese curso de nuestra vida que he indicado en pocas frases llenó el espacio de años. ¡Tanta miseria —un crecimiento tan lento y horrible de odio y pecado, puede comprimirse en una frase! Y los hombres juzgan las vidas de los demás a través de este medio sumario. Epitomizan la experiencia de su

semejante mortal, y pronuncian juicio sobre él en una sintaxis pulcra, y se sienten sabios y virtuosos —conquistadores de las tentaciones que definen en predicados bien seleccionados—. Siete años de desdicha se deslizan fácilmente por los labios del hombre que nunca los ha contado en momentos de fría decepción, de palpitaciones de cabeza y corazón, de terror y vana lucha, de remordimiento y desesperación. Aprendemos las palabras de memoria, pero no su significado; eso debe pagarse con la sangre de nuestra vida, e imprimirse en las sutiles fibras de nuestros nervios.

Pero me apresuraré a terminar mi historia. La brevedad se justifica de inmediato tanto para aquellos que comprenden fácilmente, como para aquellos que nunca comprenderán.

Algunos años después de la muerte de mi padre, estaba yo sentado junto a la tenue luz del fuego en mi biblioteca una noche de enero —sentado en el sillón de cuero que solía ser de mi padre— cuando Bertha apareció en la puerta, con una vela en la mano, y avanzó hacia mí. Conocía el vestido de baile que llevaba —el vestido de baile blanco, con las joyas verdes, iluminado por la luz de la vela de cera que alumbraba el medallón de la Cleopatra moribunda en la repisa de la chimenea—. ¿Por qué venía a mí antes de salir? Hacía meses que no la veía en la biblioteca, que era mi lugar habitual. ¿Por qué se paraba ante mí con la vela en la mano, con sus crueles ojos despectivos fijos en mí, y la serpiente reluciente, como un demonio familiar, sobre su pecho? Por un momento pensé que este cumplimiento de mi visión en Viena marcaba alguna crisis terrible en mi destino, pero no vi nada en la mente de Bertha, mientras estaba de pie ante mí, excepto desdén por la mirada de abrumadora miseria con la que yo estaba sentado ante ella... «Tonto, idiota, ¿por qué no te matas, entonces?» —ese era su pensamiento—. Pero al fin sus pensamientos volvieron a su recado, y habló en voz alta. La naturaleza aparentemente indiferente del recado parecía hacer un ridículo anticlímax a mi previsión y mi5 agitación.

—He tenido que contratar a una nueva doncella. Fletcher se va a casar, y quiere que te pida que dejes que su marido tenga la taberna y la granja en Molton. Deseo que la tenga. Debes dar la promesa ahora, porque Fletcher se va mañana por la mañana... y rápido, porque tengo prisa.

—Muy bien; puedes prometérselo —dije, con indiferencia, y Bertha salió de la biblioteca de nuevo.

Siempre rehuía la vista de una nueva persona, y más aún cuando era una persona cuya vida mental probablemente fatigaría mi renuente perspicacia con trivialidades mundanas e ignorantes. Pero rehuía especialmente la vista de esta nueva doncella, porque su advenimiento me había sido anunciado en un momento al que no podía dejar de atribuir cierta fatalidad: tenía un vago temor de que la encontraría mezclada con el lúgubre drama de mi vida — que alguna nueva y nauseabunda visión me la revelaría como un genio maligno—. Cuando al fin la conocí inevitablemente, el vago temor se transformó en definido disgusto. Era una mujer alta, nervuda, de ojos oscuros, esta señora Archer, con un rostro lo suficientemente hermoso como para dar a su naturaleza tosca y dura el odioso acabado de una coquetería audaz y segura de sí misma. Eso bastaba para hacerme evitarla, aparte del sentimiento despectivo con el que ella me contemplaba. Rara vez la veía; pero percibí que rápidamente se convirtió en una favorita de su señora, y, tras el lapso de ocho o nueve meses, comencé a ser consciente de que había surgido en la mente de Bertha hacia esta mujer un sentimiento mezclado de miedo y dependencia, y que este sentimiento estaba asociado con imágenes mal definidas de escenas a la luz de las velas en su tocador, y el encierro de algo en el gabinete de Bertha. Mis entrevistas con mi esposa se habían vuelto tan breves y tan raramente solitarias, que no tuve oportunidad de percibir estas imágenes en su mente con más definición. Los recuerdos del pasado se contraen en la rapidez del pensamiento hasta que a veces apenas guardan una semejanza más nítida con la realidad externa que las formas de un alfabeto oriental con los objetos que las sugirieron.

Además, durante el último año o más, una modificación había estado avanzando en mi condición mental, y se estaba volviendo cada vez más marcada. Mi perspicacia en las mentes de quienes me rodeaban se estaba volviendo más tenue e intermitente, y las ideas que abarrotaban mi doble conciencia se volvían cada vez menos dependientes de cualquier contacto personal. Todo lo que era personal en mí parecía estar sufriendo una muerte gradual, de modo que estaba perdiendo el órgano a través del cual las agitaciones y proyectos personales de otros podían afectarme. Pero junto con este alivio de la fatigosa perspicacia, hubo un nuevo desarrollo de lo que concluí — como he descubierto desde entonces, correctamente — que era una previsión de escenas externas. Era como si la relación entre yo y mis semejantes estuviera cada vez más amortiguada, y mi relación con lo que llamamos lo inanimado se avivara con nueva vida. Cuanto más vivía aparta-

do de la sociedad, y en proporción a medida que mi desdicha disminuía del violento latido de la pasión agonizante a la monotonía del dolor habitual, más frecuentes y vívidas se volvían visiones como la que había tenido de Praga —de ciudades extrañas, de llanuras arenosas, de ruinas gigantescas, de cielos nocturnos con extrañas constelaciones brillantes, de pasos de montaña, de rincones herbosos moteados por el sol de la tarde a través de las ramas—: estaba en medio de tales escenas, y en todas ellas una presencia parecía pesar sobre mí en todas estas formas imponentes: la presencia de algo desconocido e implacable. Pues el sufrimiento continuo había aniquilado la fe religiosa dentro de mí: para los completamente miserables —los que no aman y los no amados— no hay religión posible, no hay culto sino un culto a los demonios. Y más allá de todo esto, y recurrentemente, estaba la visión de mi muerte: los dolores, la sofocación, la última lucha, cuando la vida sería aferrada en vano.

Las cosas estaban en este estado cerca del final del séptimo año. Me había liberado por completo de la perspicacia, de mi conocimiento anormal de cualquier otra conciencia que no fuera la mía, y en lugar de entrometerme involuntariamente en el mundo de otras mentes, vivía continuamente en mi propio futuro solitario. Bertha era consciente de que yo había cambiado mucho. Para mi sorpresa, últimamente parecía buscar oportunidades de permanecer en mi compañía, y había cultivado ese tipo de conversación distante pero familiar que es habitual entre un marido y una mujer que viven en una alienación cortés e irrevocable. Soportaba esto con lánguida sumisión, y sin sentir suficiente interés en sus motivos como para ser impulsado a una observación aguda; sin embargo, no podía evitar percibir algo triunfante y excitado en su porte y en la expresión de su rostro —algo demasiado sutil para expresarse en palabras o tonos, pero que daba la idea de que vivía en un estado de expectativa o suspense esperanzado—. Mi principal sentimiento era la satisfacción de que su yo interior estuviera una vez más cerrado para mí; y casi me deleitaba por el momento en la melancolía ausente que me hacía responderle a propósitos cruzados, y delatar una ignorancia total de lo que había estado diciendo. Recuerdo bien la mirada y la sonrisa con la que un día me dijo, después de un error de este tipo por mi parte: —Solía pensar que eras un clarividente, y que esa era la razón por la que eras tan amargo contra otros clarividentes, queriendo mantener tu monopolio; pero veo ahora que te has vuelto bastante más torpe que el resto del mundo.

No dije nada en respuesta. Se me ocurrió que su reciente intromisión en mi vida podría haber sido motivada por el deseo de poner a prueba mi poder para detectar algunos de sus secretos; pero dejé caer el pensamiento de nuevo al instante: sus motivos y sus actos no tenían interés para mí, y cualesquiera placeres que pudiera estar buscando, no tenía ningún deseo de frustrárselos. Todavía había piedad en mi alma por todo ser viviente, y Bertha estaba viva —estaba rodeada de posibilidades de miseria—.

Justo en este momento ocurrió un evento que me sacó un poco de mi inercia, y me dio un interés en el momento presente que había creído imposible para mí. Fue una visita de Charles Meunier, quien me había escrito avisándome que venía a Inglaterra para relajarse de un trabajo demasiado extenuante, y que le gustaría verme. Meunier tenía ahora una reputación europea; pero su carta expresaba ese agudo recuerdo de una temprana consideración, una temprana deuda de simpatía, que es inseparable de la nobleza de carácter: y yo también sentí como si su presencia fuera para mí como una resurrección transitoria a una preexistencia más feliz.

Vino, y en la medida de lo posible, renové nuestro antiguo placer de hacer excursiones tête-à-tête, aunque, en lugar de montañas y glaciares y el ancho lago azul, tuvimos que contentarnos con meras laderas y estanques y plantaciones artificiales. Los años nos habían cambiado a ambos, ¡pero con qué diferente resultado! Meunier era ahora una figura brillante en la sociedad, a quien las mujeres elegantes pretendían escuchar, y cuya amistad era presumida por nobles ambiciosos de cerebro. Reprimió con la máxima delicadeza toda delación del impacto que estoy seguro debió haber recibido de nuestro encuentro, o de un deseo de penetrar en mi condición y circunstancias, y buscó mediante el máximo esfuerzo de sus encantadores poderes sociales hacer agradable nuestra reunión. Bertha quedó muy impresionada por las inesperadas fascinaciones de un visitante a quien había esperado encontrar presentable solo por su celebridad, y desplegó todas sus coqueterías y logros. Aparentemente logró atraer su admiración, pues su manera hacia ella era atenta y halagadora. El efecto de su presencia en mí fue tan benigno, especialmente en aquellas renovaciones de nuestras antiguas andanzas tête-à-tête, cuando me volcaba maravillosas narraciones de su experiencia profesional, que más de una vez, cuando su conversación giraba en torno a las relaciones psicológicas de la enfermedad, cruzó por mi mente el pensamiento de que, si su estancia conmigo fuera lo suficientemente larga,

posiblemente podría llegar a contarle a este hombre los secretos de mi suerte. ¿No podría haber algún remedio también para mí en su ciencia? ¿No podría haber al menos alguna comprensión y simpatía listas para mí en su mente amplia y susceptible? Pero el pensamiento solo parpadeaba débilmente de vez en cuando, y se extinguía antes de que pudiera convertirse en un deseo. El horror que tenía de irrumpir de nuevo en la intimidad de otra alma, me hacía, por un instinto irracional, ceñir más estrechamente el sudario del ocultamiento alrededor de la mía, como realizamos automáticamente el gesto que sentimos que falta en otro.

Cuando la visita de Meunier se acercaba a su conclusión, ocurrió un evento que causó cierta excitación en nuestra casa, debido al efecto sorprendentemente fuerte que pareció producir en Bertha —en Bertha, la dueña de sí misma, que usualmente parecía inaccesible a las agitaciones femeninas, e incluso odiaba de una manera autocontrolada e higiénica—. Este evento fue la súbita y grave enfermedad de su doncella, la señora Archer. He reservado hasta este momento la mención de una circunstancia que se había impuesto a mi atención poco antes de la llegada de Meunier, a saber, que había habido alguna disputa entre Bertha y esta doncella, aparentemente durante una visita a una familia distante, en la que había acompañado a su señora. Había oído a Archer hablar en un tono de amarga insolencia, que yo habría considerado una razón adecuada para un despido inmediato. No siguió ningún despido; por el contrario, Bertha parecía estar soportando silenciosamente inconvenientes personales por las exhibiciones del temperamento de esta mujer. Me asombró aún más observar que su enfermedad parecía ser causa de fuerte solicitud para Bertha; que estaba junto a su cama día y noche, y no permitía que nadie más oficiara como enfermera jefe. Sucedió que nuestro médico de familia estaba de vacaciones, un accidente que hizo doblemente bienvenida la presencia de Meunier en la casa, y aparentemente él se interesó en el caso con un interés que parecía mucho más fuerte que el sentimiento profesional ordinario, que un día, cuando había caído en un largo acceso de silencio después de visitarla, le dije:

—¿Es este un caso de enfermedad muy peculiar, Meunier?

—No —respondió—, es un ataque de peritonitis, que será fatal, pero que no difiere físicamente de muchos otros casos que han llegado a mi observación. Pero le diré lo que tengo en mente. Quiero hacer un experimento con esta mujer, si me da permiso. No le hará ningún daño —no le causará

ningún dolor— pues no lo haré hasta que la vida se haya extinguido para todos los propósitos de la sensación. Quiero probar el efecto de transfundir sangre en sus arterias después de que el corazón haya dejado de latir durante algunos minutos. He probado el experimento una y otra vez con animales que han muerto de esta enfermedad, con resultados asombrosos, y quiero probarlo en un sujeto humano. Tengo los pequeños tubos necesarios, en un estuche que llevo conmigo, y el resto del aparato podría prepararse fácilmente. Usaría mi propia sangre —la tomaría de mi propio brazo—. Esta mujer no pasará la noche, estoy convencido, y quiero que me prometa su ayuda para realizar el experimento. No puedo hacerlo sin otra mano, pero quizás no sería bueno llamar a un asistente médico de entre sus doctores provinciales. Podría difundirse una versión desagradable y tonta del asunto.

—¿Ha hablado con mi esposa sobre el tema? —dije—, porque parece ser peculiarmente sensible con esta mujer: ha sido una doncella favorita.

—A decir verdad —dijo Meunier—, no quiero que ella lo sepa. Siempre hay dificultades insuperables con las mujeres en estos asuntos, y el efecto en el supuesto cadáver puede ser sorprendente. Usted y yo velaremos juntos, y estaremos listos. Cuando aparezcan ciertos síntomas, lo haré entrar, y en el momento adecuado debemos arreglárnoslas para sacar a todos los demás de la habitación.

No necesito relatar nuestra conversación posterior sobre el tema. Entró muy detalladamente en los pormenores, y superó mi repulsión hacia ellos, excitando en mí un temor y una curiosidad mezclados sobre los posibles resultados de su experimento.

Preparamos todo, y él me instruyó en mi papel de asistente. No le había dicho a Bertha su absoluta convicción de que Archer no sobreviviría a la noche, y se esforzó por persuadirla de que dejara a la paciente y descansara durante la noche. Pero ella fue obstinada, sospechando que la muerte estaba cerca, y suponiendo que él solo deseaba ahorrarle los nervios. Se negó a abandonar la habitación de la enferma. Meunier y yo velamos juntos en la biblioteca, él haciendo frecuentes visitas a la habitación de la enferma, y regresando con la información de que el caso seguía precisamente el curso que esperaba. Una vez me dijo: —¿Puede imaginar alguna causa de ani-

madversión que esta mujer tenga contra su señora, que es tan devota con ella?

—Creo que hubo algún malentendido entre ellas antes de su enfermedad. ¿Por qué pregunta?

—Porque he observado durante las últimas cinco o seis horas —desde que, me imagino, ha perdido toda esperanza de recuperación— parece haber en ella un extraño impulso de decir algo que el dolor y la fuerza menguante le impiden pronunciar; y hay una mirada de significado horrendo en sus ojos, que vuelve continuamente hacia su señora. En esta enfermedad, la mente a menudo permanece singularmente clara hasta el final.

—No me sorprende una indicación de sentimiento malévolos en ella —dije—. Es una mujer que siempre me ha inspirado desconfianza y aversión, pero se las arregló para insinuarse en el favor de su señora. —Él guardó silencio después de esto, mirando el fuego con aire de abstracción, hasta que subió de nuevo. Estuvo fuera más tiempo de lo habitual, y al regresar, me dijo en voz baja: —Venga ahora.

Lo seguí a la cámara donde la muerte rondaba. Los oscuros cortinajes de la gran cama formaban un fondo que daba un fuerte relieve al pálido rostro de Bertha cuando entré. Ella se adelantó sobresaltada al verme entrar, y luego miró a Meunier con una expresión de airada interrogación; pero él levantó la mano como para imponer silencio, mientras fijaba su mirada en la mujer moribunda y le tomaba el pulso. El rostro estaba demacrado y cadavérico, una fría transpiración cubría la frente, y los párpados estaban bajos, casi ocultando los grandes ojos oscuros. Después de uno o dos minutos, Meunier rodeó la cama hasta el otro lado donde estaba Bertha, y con su habitual aire de gentil cortesía hacia ella, le rogó que dejara a la paciente a nuestro cuidado —todo se haría por ella— ya no estaba en estado de ser consciente de una presencia afectuosa. Bertha vacilaba, aparentemente casi dispuesta a creer su seguridad y a obedecer. Miró el rostro cadavérico y moribundo, como para leer la confirmación de esa seguridad, cuando por un momento los párpados bajos se levantaron de nuevo, y pareció como si los ojos miraran hacia Bertha, pero sin expresión. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Bertha, y regresó a su puesto cerca de la almohada, implicando tácitamente que no abandonaría la habitación.

Los párpados no se levantaron más. Una vez miré a Bertha mientras observaba el rostro de la moribunda. Llevaba un rico peinador, y su cabello rubio estaba medio cubierto por una cofia de encaje: en su atuendo era, como siempre, una mujer elegante, digna de figurar en un cuadro de la vida aristocrática moderna: pero me pregunté cómo aquel rostro suyo pudo alguna vez parecerme el rostro de una mujer nacida de mujer, con recuerdos de la infancia, capaz de dolor, necesitada de caricias. Los rasgos en ese momento parecían tan preternaturalmente afilados, los ojos eran tan duros y ansiosos —parecía una inmortal cruel, encontrando su festín espiritual en las agonías de una raza moribunda—. Pues a través de aquellos duros rasgos pasó algo como un destello cuando la última hora se había exhalado, y todos sentimos que el oscuro velo había caído por completo. ¿Qué secreto había entre Bertha y esta mujer? Aparté mis ojos de ella con un horrible temor de que mi perspicacia regresara, y me viera obligado a ver lo que se había estado gestando en los corazones de dos mujeres sin amor. Sentí que Bertha había estado esperando el momento de la muerte como el sellado de su secreto: agradecí al Cielo que pudiera permanecer sellado para mí.

Meunier dijo en voz baja: —Se ha ido. —Luego le ofreció el brazo a Bertha, y ella se sometió a ser conducida fuera de la habitación.

Supongo que fue por orden suya que dos asistentes femeninas entraron en la habitación, y despidieron a la más joven que había estado presente antes. Cuando entraron, Meunier ya había abierto la arteria en el largo y delgado cuello que yacía rígido sobre la almohada, y yo las despedí, ordenándoles que permanecieran a distancia hasta que tocáramos la campanilla: el doctor, dije, tenía una operación que realizar —no estaba seguro de la muerte—. Durante los siguientes veinte minutos olvidé todo excepto a Meunier y el experimento en el que estaba tan absorto, que creo que sus sentidos habrían estado cerrados a todos los sonidos o vistas que no tuvieran relación con él. Mi tarea al principio fue mantener la respiración artificial en el cuerpo después de que se hubiera efectuado la transfusión, pero pronto Meunier me relevó, y pude ver el maravilloso y lento retorno de la vida; el pecho comenzó a agitarse, las inspiraciones se hicieron más fuertes, los párpados temblaron, y el alma pareció haber regresado bajo ellos. Se retiró la respiración artificial: aun así la respiración continuó, y hubo un movimiento de los labios.

Justo entonces oí moverse el pomo de la puerta: supongo que Bertha había oído de las mujeres que habían sido despedidas: probablemente un vago temor había surgido en su mente, pues entró con una mirada de alarma. Llegó al pie de la cama y lanzó un grito ahogado.

Los ojos de la mujer muerta estaban bien abiertos, y se encontraron con los suyos en pleno reconocimiento: el reconocimiento del odio. Con un esfuerzo súbito y fuerte, la mano que Bertha había creído inmóvil para siempre se dirigió hacia ella, y el rostro demacrado se movió. La voz jadeante y ansiosa dijo:

—Pretendes envenenar a tu marido... el veneno está en el gabinete negro... Yo lo conseguí para ti... te reíste de mí, y dijiste mentiras sobre mí a mis espaldas, para hacerme repugnante... porque estabas celosa... ¿lo sientes... ahora?

Los labios continuaron murmurando, pero los sonidos ya no eran distintos. Pronto no hubo sonido, solo un ligero movimiento: la llama había saltado, y se extinguía más rápidamente. Las fibras del corazón de la desdichada mujer habían sido afinadas para el odio y la venganza; el espíritu de la vida había barrido las cuerdas por un instante, y se había ido de nuevo para siempre. ¡Gran Dios! ¿Es esto lo que es vivir de nuevo... despertar con nuestra sed insaciada sobre nosotros, con nuestras maldiciones no pronunciadas subiendo a nuestros labios, con nuestros músculos listos para ejecutar sus pecados a medio cometer?

Bertha permanecía pálida al pie de la cama, temblando e indefensa, desesperada de subterfugios, como un animal astuto cuyos escondites están rodeados por una llama que avanza rápidamente. Incluso Meunier parecía paralizado; la vida por ese momento dejó de ser un problema científico para él. En cuanto a mí, esta escena parecía de la misma textura que el resto de mi existencia: el horror era mi familiar, y esta nueva revelación solo era como un viejo dolor que recurre con nuevas circunstancias.....

Desde entonces Bertha y yo hemos vivido separados —ella en su propio vecindario, dueña de la mitad de nuestra riqueza, yo como un errante en países extranjeros, hasta que vine a este nido de Devonshire a morir—. Bertha vive compadecida y admirada; pues, ¿qué tenía yo contra esa encantadora mujer, con quien todos, excepto yo, podrían haber sido felices? No había habido ningún testigo de la escena en la habitación de la moribunda

excepto Meunier, y mientras Meunier vivió, sus labios estuvieron sellados por una promesa que me hizo.

Una o dos veces, cansado de vagar, descansé en un lugar favorito, y mi corazón se volcó hacia los hombres, mujeres y niños cuyos rostros se me estaban volviendo familiares: pero fui ahuyentado de nuevo aterrorizado por el acercamiento de mi antigua perspicacia — ahuyentado a vivir continuamente con la única Presencia Desconocida revelada y sin embargo oculta por la cortina móvil de la tierra y el cielo—. Hasta que al fin la enfermedad se apoderó de mí y me obligó a descansar aquí — me obligó a vivir dependiendo de mis sirvientes—. Y entonces la maldición de la perspicacia — de mi doble conciencia— regresó, y nunca me ha abandonado. Conozco todos sus estrechos pensamientos, su débil consideración, su piedad medio fatigada.....

Es el 20 de septiembre de 1850. Conozco estas cifras que acabo de escribir, como si fueran una inscripción familiar desde hace mucho tiempo. Las he visto en esta página en mi escritorio innumerables veces, cuando la escena de mi agonía mortal se ha abierto ante mí...

(1859.)

FIN DE EL VELO ALZADO.

**¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE**  
**[WWW.ELEJANDRIA.COM](http://WWW.ELEJANDRIA.COM)!**

**DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE**  
**DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB**

# Table of Contents

1. [El velo alzado](#)
- 2.
3. [El velo alzado](#)
4. [Capítulo I](#)
5. [Capítulo II](#)